

APELACIÓN DE LOS MEXICANOS A LA EUROPA BIEN INFORMADA
DE LA EUROPA MAL INFORMADA.
POR EL CIUDADANO CARLOS DE GAGERN.

Wert thou all I wish thee, great, glorious and free, First
flower of the earth, and first gem of the sea, I might hail thee
with prouder, whit happier brow, But oh! could I love
thee more deeply than now?

THOMAS MOORE

Si fueras tan grande, tan gloriosa y tan libre cual yo te deseo;
si fueras la más bella flor de la tierra y la más rica joya del
mar, te saludaría con frente más erguida y más feliz; pero ¿te
amaría por eso más profundamente de lo que ahora te amo?

*Al hombre de principios firmes e intrasigibles, al modesto demócrata, al magistrado
integérrimo, al Presidente de la República Mexicana.*

C. Benito Juárez,

Dedica este opúsculo, como testimonio de sincero afecto y profunda admiración.

El autor.

INTRODUCCIÓN

En la proclama que el Presidente de la República dirigió el 18 de Diciembre último a la nación, con el objeto de refutar los injustos pretextos que alegan las potencias aliadas, y principalmente la España; para explicar y justificar la invasión que a mano armada han hecho a este país, ha sabido vencer la legítima indignación que resiente todo corazón mexicano al ver tan incalificable atropellamiento de la autonomía e independencia nacionales, y recomienda y promete la más eficaz protección a los súbditos de las mismas naciones invasoras, que residen entre nosotros, dando en esto un solemne mentís a la calumnia, que sería ridícula, si no fuera tan odiosa, en virtud de la cual se considera en Europa a los mexicanos como semi-bárbaros y enemigos jurados de todos los extranjeros, que vienen a establecerse en la República.

En el mismo sentido, aunque tal vez en términos menos explícitos, se han expresado casi todos los gobernadores de los Estados; pero mucho tememos, que esto no baste para rectificar la opinión errónea que tiene la Europa acerca de esta nación.

Es, pues, conveniente, es necesario, que por medio de publicaciones razonadas y escritas "*sine ira nec studio*", se trate de restablecer la verdad de los hechos, de desvanecer las preocupaciones producidas por apreciaciones inexactas, y a menudo apasionadas; en fin, de apelar de la *Europa mal informada a la Europa bien informada*.

Este es el objeto del presente folleto. Al escribirlo hemos deseado pagar con algo la acogida benévola y hospitalaria que hemos encontrado en este país, de la misma manera como lo ha hecho recientemente el Sr. Santacilia, en su victoriosa refutación del discurso-libelo, pronunciado en el Senado Español por el ex-embajador Pacheco, de triste memoria. Además aunque de origen extranjero, nos gloriamos de tener ahora la ciudadanía mexicana, y este honroso título nos impone el sagrado deber de defender a nuestra patria adoptiva, sea con la espada, sea con la pluma, y de vindicar su honor ultrajado, su reputación manchada, su dignidad vilipendiada.

"*Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.*" y si Catón prefirió una causa que ya estaba vencida, por que la consideraba justa, ¿cómo hemos de vacilar en declararnos partidarios de la más justa de todas las causas, que es la de la independencia de nuestra patria? causa que además dista mucho de ser vencida y perdida.

Una de las obligaciones de los caballeros de la edad media era la de acudir presurosos a la defensa del hombre injustamente oprimido, y de tomar siempre parte por el débil contra el fuerte, por la víctima contra el tirano.

¿A caso esta caballerosidad ha desaparecido completamente del mundo?

¿En este siglo de oro, es decir, en que el oro es el soberano, no vale ya nada el acero blandido en favor de una causa noble; nada el entusiasmo en este siglo de especulaciones?

¿Y a no hay Lafayettes, que desertan de la corte más corrompida, del país más despóticamente regido del mundo, y vienen a ofrecer su espada a una colonia que lucha heroicamente por sacudir el yugo de la metrópoli, y establecer su independencia y con ella el sistema republicano?

No podemos, no queremos creerlo así.

Los hombres valientes y generosos no vienen del antiguo continente al nuevo para defender a una nación, cuya existencia se ve seriamente amenazada, y para sostener a la vez la sublime causa de la democracia —y no cabe duda, que este es el verdadero e íntimo sentido de la cuestión que actualmente se agita entre México y Europa— porque no nos conocen sino a través de un prisma falaz de mentirosos informes. La creencia de que la guerra contra México no es sino el prelude de una guerra de continente contra continente, del principio monárquico contra el democrático, se generaliza cada día más, como lo indica entre otras cosas el siguiente párrafo de un periódico de Lima: "Parece acordado ya, que los Estados Americanos acrediten ministros en México para observar lo que allí pasa, y con poder bastante para que, si fuera preciso, obren colectivamente. Es de suponer, que los Estados Unidos y el Brasil concurrirán a esa cita dada tan oportunamente."

Nosotros no pensamos constituirnos en panegiristas de la República Mexicana, porque el primer deber de un escritor público es la imparcialidad, y no se nos

oculta, que muchos son los cargos y muy graves los que pueden formularse contra México —así como contra cualquier otra nación del globo—, pero si queremos *apelar de la Europa mal informada a la Europa bien informada.*”

A un los Europeos más ilustrados y menos mal dispuestos respecto a México, lo conocen casi exclusivamente por la obra de Humboldt, y con razón dice acerca de ella el historiador mexicano Mora: “De cuanto se ha escrito sobre los asuntos de México lo único digno de aprecio es el *Ensayo político sobre la Nueva-España* del barón de Humboldt. Esta obra clásica será siempre apreciada por el cuidado, diligencia y exactitud con que fueron acopiadas sus noticias. Son en ella de un interés permanente, ciertos artículos por su naturaleza invariables, cualesquiera que sean los cambios políticos que el país haya tenido o pueda tener en lo sucesivo. En los otros si el *Ensayo político* no está exento de faltas, satisfizo por lo menos la expectación pública, y dio a conocer a México como hasta entonces no lo había logrado ninguna obra. Pero México después de 1804 ha sufrido cambios de mucho tamaño, que han causado una variación total en su fisonomía moral y política, de manera que quien pretenda conocer esta nación por los rasgos con que la caracterizó Humboldt, incurrirá en graves errores, que lo alejarán enteramente de la verdad.”

Pero los patrióticos esfuerzos del mismo Mora, de Zavala y de otros muchos escritores imparciales “para contribuir a fijar el juicio de los pueblos civilizados sobre esta parte interesante del continente americano, desengañándolos de los multiplicados errores en que los han imbuido las relaciones poco exactas de los viajeros y los resentimientos de algunos” hasta ahora no han producido los resultados que eran de esperarse; y por ese motivo es preciso ocuparse nuevamente en el mismo asunto, y más en las actuales circunstancias, hasta lograr el deseado objeto.

Mucho se precia el antiguo continente de los adelantos de su civilización; no queremos ahora investigar, si esta civilización es tan completa, tan real y verdadera como quieren presentárnosla, o si no se parece más bien a aquellas tumbas de que habla el Evangelio, blanqueadas y pintadas por fuera, pero dentro llenas de podredumbre. Basta consignar aquí un hecho, que por cierto no deja de ser curioso, y es, que en casi todas partes del mundo, donde ésta tan alabada civilización europea ha puesto su planta, sus efectos inmediatos han sido más bien perjudiciales que benéficos.

Hablen por nosotros las Indias orientales, uno de los países más ricos del mundo, cuyos habitantes han sido diezmados por la metralla inglesa, solo porque ya no podían sufrir por más tiempo el hambre; la China, en donde el comercio británico hace circular un veneno destructor, porque su venta le produce dinero; el Japón, herméticamente cerrado hasta hace pocos años a la influencia europea, y la apertura de cuyos puertos comienza ya a producir igualmente funestos resultados.

Hable por nosotros sobre todo México, invadido y subyugado por la llamada *civilización* española del siglo XVI, la cual, en lugar de traernos, como pretendía, la verdadera religión de aquel Jesús, quien desde el madero del Gólgota abre sus brazos para estrechar contra su corazón, ardiendo en santa fraternidad, a todo el género humano sin distinción de las diferencias naturales, políticas y sociales, no nos trajo sino un fanatismo estúpido y brutal, acompañado de cadenas, tormentos y hogueras.

Este triste don ha sido, y es todavía, la causa de todas nuestras desgracias, pues las continuas convulsiones que agitan la República desde la independencia hasta nuestros días, no son sino los supremos esfuerzos que hace para arrojar de su cuerpo aquel veneno, que los conquistadores infiltraron en sus venas.

Se necesitan generaciones para cambiar en virtudes los vicios que nos dejaron por herencia nuestros ilustrados padres, los españoles; en verdades las preocupaciones, en luces las tinieblas!

He aquí la verdadera y primitiva causa de nuestro malestar político y social: ¿quién, en vista de esto, se atreverá todavía a arrojar la primera piedra sobre nosotros, quién?

Les parecerá una mentira a los siglos venideros, cuando lean un día en la historia de esta época, que son precisamente los españoles los que tienen semejante atrevimiento; los españoles, autores de todos nuestros males; los españoles que aun hoy día marchan siempre a la retaguardia del progreso humano; los españoles, que, llorando lágrimas de Judas y bajo el hipócrita pretexto de compadecerse de nuestra deplorable situación, no anhelan más que empeorarla. “Se nos escapó tan rica presa, dicen, pero si no puede ya ser nuestra, que por lo menos sea desgraciada.”

La herencia del español vencido y arrojado fuera de este país en el año de 1821, es para México la túnica envenenada de Nesso, moribundo y vengativo!

Pero si de parte de la España se comprende semejante despecho ¿cómo se explica el extraño fenómeno de que la Inglaterra, que se considera como liberal por esencia y excelencia; que la Francia, cuyo corazón ha palpitado siempre por todo lo que es generoso y noble, se hayan aliado a nuestra antigua dominadora?

La explicación no es difícil, y aunque sea necesario herir en esta parte muchas susceptibilidades, tenemos el suficiente valor de hacerlo, porque al descorrer el velo de tantas y tan inicuas maquinaciones, que se han tramado contra México, no nos guía otra mira que la de elevar nuestra voz en favor de nuestra patria, tan atrozmente calumniada y la de *apelar de la Europa mal informada a la Europa bien informada*.

CAPÍTULO I

LOSEXTRANJEROS EN MÉXICO

Durante los tres siglos de la dominación española, la explotación de las inagotables riquezas de este país, fue privilegio exclusivo de los conquistadores. Cuando México recobró por fin, después de una larga y sangrienta lucha, su independencia, tomando asiento entre las demás naciones soberanas, su primer paso fue el de abrir anchamente las puertas de la República a la inmigración europea llamando e invitando a los extranjeros a que viniesen a gozar con los naturales de su hermoso clima, de su cielo siempre límpido y azul, de su vegetación exuberante, de la prodigiosa fertilidad de su suelo, y de las ricas venas de metales preciosos que encierran sus montañas, a gozar, sobre todo, de una libertad amplia, y de una igualdad completa con los mismos habitantes del país.

A cudieron a este llamamiento multitud de europeos, y se vieron recibidos por los mexicanos con franca hospitalidad, con verdadera simpatía, demostrando estos tanta modestia, que solo lo que venía de lejos, del extranjero, de la Europa, les parecía de algún valor. Solo respecto a los españoles se hacía, como era natural, en aquella época, una excepción, pues todavía estaban demasiado frescos los recuerdos de los actos de opresión y crueldad que habían cometido en el país. El simple título de extranjeros equivalía entonces, y equivale aun hoy día en muchas partes de la República, a un certificado de profundos conocimientos y de una instrucción vasta y sólida.

Los mexicanos todavía se parecen en algo a los antiguos aztecas, que creían ver en cada hombre que venía del otro lado del Atlántico, a un hijo del sol, a un ser superior.

Pero esta modestia, esta desconfianza que tenían los mexicanos en sus propias luces, debía traerles muy tristes consecuencias.

Los europeos que emigran de su país, pueden dividirse en dos clases: unos se dirigen a lejanas regiones, con el único objeto de ganar en ellas dinero; otros —y por desgracia no representan sino un guarismo comparativamente muy insignificante— buscan un campo más vasto que el que les ofrece su país natal, para ejercitar sus fuerzas, sus facultades, sus talentos. En las sociedades europeas todo está tan poblado, tan arreglado, tan completamente organizado, que no hay lugar para distinguirse por medio de sus trabajos, ni de abrirse por sus propios esfuerzos un camino hacia un brillante porvenir; apenas hay aire que respirar. Como dice la leyenda alemana: “todo allí tiene dueño,” y el mismo Dios, para consolar al poeta que había llegado tarde, y se encontraba excluido del reparto general, no pudo hacer por él otra cosa que ofrecerle su propio cielo para que viviera allí con él. ¡Cuántos talentos, que en otros países hubieran sido la gloria y dicha de una nación entera, mueren en Europa desconocidos en una miserable bohardilla!

Desgraciadamente los extranjeros que pertenecen a la segunda categoría, no forman en México sino raras excepciones, y éstos, si se hacen leales y adictos amigos de su nueva patria; la mayor parte son de la primera clase. Ávidos de oro, no les importa nada el país de donde lo sacan. Riquezas quieren, para retirarse con ellas lo más pronto posible a Europa, y disfrutar allí de todos los goces que aquellas pueden proporcionar; pero no buscan una patria nueva, no han traído consigo a sus penates, no piensan formar aquí nuevos hogares. Quieren explotar el país, como antes lo han hecho los españoles, y poco se cuidan en servirle, mucho menos en amarlo. Son aves de paso, y se consideran en la República como en un destierro, del cual tratan de huir tan luego como sus arcas estén llenas de dinero.

Muy incompletamente se han realizado, pues, la esperanza de Zavala, quien escribió en el año de 1831 “Pocos son los extranjeros, que después de haber hecho grandes ganancias permanezcan en el país, y se enlacen con familias mexicanas. Parece que se miran en él como en tiendas de campaña, para levantarlas luego que hayan concluido sus asuntos. En este punto debe esperarse mucha mejora con el tiempo.”

Hasta las guerras civiles, tan funestas para los mexicanos, suelen convertirse para esa clase de extranjeros en medios de lucrar, pues les proporcionan la oportunidad de explotar sin remordimientos ni vergüenza la rica mina de las reclamaciones, cuyas fatales consecuencias las estamos palpando ahora mismo.

A demás el concepto demasiado lisonjero, y por esto erróneo, que tienen los mexicanos de los extranjeros, se ha convertido poco a poco en pretensión injustificable y absurda de superioridad por parte de estos últimos.

Según el carácter de la nación a que pertenecen, buscan diferentes fundamentos en que apoyarla.

Unos, acostumbrados a escribir siempre su YO con letra mayúscula, se creen de una raza privilegiada, porque su cutis es blanco en lugar de trigueño, su pelo rubio en lugar de negro; otros se envanece, porque tienen a París por capital, aunque hayan nacido en la Auvernia, y a un Napoleón I en su historia, aunque nunca hayan manejado más que el peine y las tijeras; otros que por casualidad han nacido de padres protestantes, miran con alto desprecio al mexicano por ser católico, y se consideran muy despreocupados, porque Martín Lutero quiso suprimir a la Virgen, a los Santos, al Papa, y a cinco de los siete sacramentos pero cuidado con quitarles los dos restantes!— y profundos filósofos, porque Kant y Hegel y Schelling escribieron obras sublimes, aunque nunca las hayan leído ni tampoco pudieran comprenderlas; otros, en fin, —y estos son los peores— se tienen detrás de su mostrador, por infinitamente superiores a los hijos del país, porque sus padres lo conquistaron un día, y sin acordarse de que con posterioridad fueron vergonzosamente expulsados del mismo, todavía andan por México con paso de dominador, soñando encontrarse en “*su colonia*.”

Por regla general todos esos huéspedes quieren tratar a los amos de la casa como a sus criados; creen honrarlos mucho, si vienen a este país a hacerse en él ricos y poderosos; y es demasiado natural, que por estos motivos, la simpatía con que al principio fueran recibidos, se convierta poco a poco en indiferencia y hasta en aversión. Y esto deberá suceder en tanto mayor grado, cuanto más rápidamente adelantan los mexicanos en la vía del progreso y de las reformas, y cuanto mejor saban calificar lo poco que vale esa mayoría de los europeos que vienen acá.

Puede ser que los emigrantes que se dirigen a los Estados Unidos se compongan igualmente en gran parte de las clases menos ilustradas de las sociedades europeas, pero por lo menos no se presentan allí con ridículas pretensiones. Muy al contrario anhelan como alto honor el de llamarse “*United States Citizens*” y antes de buscar posada, y sabiendo decir apenas “*yes*” y “*well*” corren a la oficina respectiva para inscribir su nombre en el registro de los aspirantes a la ciudadanía americana, porque saben, que el pabellón de las rayas y de las estrellas los cubre con su poderosa protección de uno a otro polo; mientras que México es débil ahora, y aunque estamos en pleno siglo XIX, respecto a individuos como a naciones solo la fuerza da el respeto.

Habíamos oído comparar las aguas del Océano Atlántico con las aguas bautismales, en cuanto a que lavan y borran todos los pecados cometidos en el otro continente; pero ignorábamos, que tienen además de esta virtud, la de dar instruc-

ción y conocimientos. Esto es, sin embargo, lo que creen muchos de los extranjeros que vienen a la República. Aunque no hayan visto del mundo más que el pueblo donde nacieron, aunque apenas sepan leer y escribir, o que a lo sumo hayan aprendido las cuatro reglas, aunque todo su capital consista en el exiguo precio de su pasaje o que hayan venido como un bulto de mercancías consignados a una casa de comercio: al llegar a las playas de Veracruz se transforman por medio de una metamorfosis, tan maravillosa como inexplicable, en hombre de mundo, en hombres de ciencia, y muy pronto serán también hombres de pesos y de peso. Al escuchar su conversación, cree uno encontrarse con profundos políticos, con hábiles estretégicos, con consumados financieros: con tan soberano desden critican todo cuanto se hace en esta desgraciada República, que sin duda alguna marcharía mucho mejor, si el gobierno quisiera seguir los ilustrados consejos de hombres tan eminentes!

Pero no solo en conversaciones critican y calumnian a un país al que deben todo cuanto son, cuanto saben y cuanto tienen, sino que su ingratitud llega al extremo de mandar a Europa cartas y artículos y descripciones, llenas de las más absurdas acusaciones contra los mexicanos, y de informes tan inexactos como malévolo, de modo que no tiene nada de extraño el que muchas personas en Europa, se figuren, que todavía nos paseamos aquí con un delantal de plumas por único vestido. No nos conceden ni una sola virtud en cambio de todos los vicios con que les place adornarnos, y si mencionan la innegable belleza y riqueza de este país, no es sino con el objeto de lamentar el que tan rico y hermoso patrimonio, haya caído en herencia a una nación tan indigna de poseerlo. No admiten ni una sola circunstancia que pueda atenuar nuestras faltas. No se les ocurre nunca abrir la historia para ver si otros pueblos en iguales situaciones, no han cometido tan grandes o tal vez mayores crímenes que los mexicanos.

Constituyéndose en jueces inexorables, pronuncian un fallo sin apelación; y este fallo es el que no valem os nada, que somos incapaces de gobernarnos, y que por este motivo la culta Europa tiene el imprescindible deber de borrarlos de la lista de las naciones independientes.

No vacilamos, pues, en asegurar que los falsos informes de gran parte de los extranjeros residentes en México, así como sus reclamaciones, a menudo completamente injustas y casi siempre exageradas, nos han traído la intervención; y si no se consiguiera hacer con las potencias invasoras un arreglo, sin menoscabo de la dignidad nacional, aunque satisfaciendo todas las pretensiones que sean justas y equitativas; si debiéramos tener guerra para rechazar la fuerza con la fuerza; si a pesar de las humanas y benévolas intenciones del Supremo Gobierno, y a pesar de la mansedumbre del carácter mexicano, esta misma guerra trajera consecuencias lamentables para esos hombres, a quienes la nación ha calentado en su seno, y que en pago tratan de morderla y de matarla: de ellos sería la culpa. Ellos mismos habrían atraído sobre sus cabezas todas las desgracias que podrían sobrevénirles, y no tendrían derecho para quejarse.

Sin embargo, al hacer de muchos extranjeros residentes en la República un bosquejo tan poco favorable, pero desgraciadamente exacto, muy lejos ha estado de

nuestro ánimo el querer demostrar la inconveniencia de la inmigración europea. Al contrario, siempre hemos sido decididos defensores de la inmigración, porque comprendemos, que para llevar al cabo la regeneración que se está efectuando actualmente en el seno de nuestra trabajada sociedad, si bien es verdad que no necesitamos de que la *presidan impasibles* cinco comisarios de las potencias aliadas, al frente de doce mil hombres armados, necesitamos sí, que vengan una multitud de extranjeros pacíficos, trabajadores, de moralidad e ilustrados, para infiltrar en la nación mexicana una nueva y vigorosa sabiduría de prosperidad y progreso.

Lo mismo mata la atrofia que la plétora: así un país puede perecer lo mismo por la falta que por el exceso de población.

Que vengan, pues, extranjeros por millares y millones: la República es bastante vasta, y bastante rica, para mantener aún a un número cuatro veces mayor de habitantes del que ahora tiene; pero que no piensen en constituirse en explotadores y después en calumniadores; que no vengan sobre todo, con el único objeto de hacer aquí su fortuna, y regresar en seguida a su país natal, sino con el de establecerse entre nosotros para siempre y de hacerse ciudadanos mexicanos.

Bajo este respecto, son malas todas nuestras leyes que se han dado sobre colonización, porque no tratan de amalgamar el elemento extranjero con el nacional. En nuestro concepto, el Supremo Gobierno debiera empeñarse: primero, en modificar todos los tratados internacionales, conforme a los términos del que últimamente ha sido celebrado con la Bélgica: "libertad de cultos como consecuencia de las Leyes de Reforma; *tratamiento nacional.*" y agregando, *la abolición completa del llamado derecho de extranjería*; segundo, en conceder toda clase de protección, franquicias y exenciones a los inmigrantes, pero con la expresa condición, de que después de haber residido en la República dos años sin interrupción, saquen su carta de nacionalidad, excepto ciertos casos que la misma ley determinaría.

No pretendemos que los mexicanos tengan más privilegios sobre los extranjeros que los que se refieren a sus derechos políticos, pero mucho menos que los extranjeros sean más privilegiados que los mismos hijos del país. Que participen de nuestra fortuna, pero que lleven también iguales cargas.

Ojalá desaparezcan del todo esas odiosas distinciones entre mexicano y extranjero. Ojalá, así como el esclavo que pisa el suelo de la República, es libre, el extranjero al llegar a México se convierta desde luego en mexicano de corazón, y después en mexicano de nacionalidad!

CAPÍTULO II

CARGOS CONTRA MÉXICO

Y a conocemos la fuente bastante sospechosa e impura de que emana la mayor parte de los mentirosos informes que han engañado a la Europa y traídos la intervención armada.

Hombres desagradecidos al país que les recibió con generosa hospitalidad, y al que deben su posición social y su fortuna; reclamantes desvergonzados, que elevan la voz al cielo, porque el Supremo Gobierno se negó a concederles por un miserable tendejón que les fue saqueado tal vez por una gavilla de ladrones, una indemnización de cien mil pesos; especuladores desalmados, en cuyo interés está promover continuos trastornos, y siempre nuevas y nuevas complicaciones, porque “a río revuelto ganancia de pescadores,” agiotistas atrevidos que han conseguido cubrir sus créditos fraudulentos y sus bonos desconceptuados con algún pabellón extranjero, mediante quizá gruesas gratificaciones dadas a aquellas personas cuya obligación era la de sostenerlo elevado y limpio, y que —¡oh vergüenza!— lo dejaron ensuciarse con semejante protección; y últimamente aquel ex embajador, que herido en su vanidad y despechado por el justo castigo que le mereció su inoportuna inmixtion en los negocios del país, recita ante el senado español todo un rosario de mentiras: he aquí representados bajo la luz de la verdad a nuestros calumniadores.

Y a esos malos extranjeros no puede servirles de disculpa el que algunos malos mexicanos, hijos bastardos de su patria, como un Gutiérrez Estrada, un Almonte, un Miramón, hagan coro con ellos en este concierto de calumnias. Más tarde o más temprano la vindicta pública los ha de alcanzar, y su ignominiosa muerte en un patíbulo enseñará al mundo como castigan las leyes mexicanas el horroroso crimen de la *traición a la patria*. Para uno de esos hombres ha llegado ya el día de la justicia, aunque no sea todavía el de la justicia nacional, pues Miramón fue puesto preso por los ingleses en Veracruz, por el robo que con violación de los sellos de la legación británica cometió a fines de 1860.

Tampoco puede sorprendernos el ver filiado entre nuestros detractores a parte del clero mexicano, principalmente al de más elevada jerarquía.

¿Quién fue el enemigo más encarnizado de nuestra independencia?

¿Quién se empeñó constantemente en remachar las pesadas cadenas que nos ligaban a la metrópoli, cuando un puñado de valientes concibió la grandiosa idea de romperlas?

¿Quién condenó en 1810 la doctrina de la soberanía del pueblo como una herejía?

¿Quién anatematizó desde la tribuna de la paz y del amor, a los insurgentes y celebró con *Te-Deums* las carnicerías de un Calleja?

¿Quién sentenció al último suplicio a los virtuosos curas Hidalgo, Matamoros y Morelos?

¡El clero y siempre el clero!

A demás por su propia organización, con honrosas excepciones, antes de *mexicano es romano*, y este fenómeno lo observamos ahora igualmente en Italia y en Francia. El clérigo católico es siempre y en todas partes del mundo, primero hijo de la madre Iglesia, y después, aunque no siempre, hijo de la madre patria. Roma es su capital, el Papa su soberano. Entre dos órdenes contradictorias, emanada una del gobierno de su país, y otra de la Silla Apostólica, un clérigo nunca vacila en acatar la *segunda*.

Es cierto, que por regla general los hombres se inclinan a dar mayor crédito a lo que se dice en contra que en favor de sus prójimos; pero que los gobiernos de tres naciones que se llaman ilustradas, cometan la misma falta, eso, sí, debe admirar mucho al hombre pensador. Y si aun en la vida privada se juzga de la certeza de un hecho por la confianza que nos inspira el carácter de la persona que nos lo contó: ¿porqué, antes de dar crédito a todas esas consejas que se vierten contra México, la Inglaterra, la Francia y la España no se informaron del carácter de sus informadores? ¿Deberemos aplicarles el versículo del salmista: "*Oculos habent et non vident, aures habent et non audient?*"

¿O les conviene acaso por ciertas miras políticas dejarse poner una venda sobre los ojos y taparse los oídos?

Pero aun en este caso nuestro deber es hacer todo lo posible para arrancarles esa venda, y obligarlos a que escuchen la voz imparcial de un mexicano amante de su país, presentando bajo el verdadero aspecto los cargos que contra nos formulan, y tratando de desvanecerlos, o por lo menos de atenuarlos, en cuanto tengan de infundado o de exagerado.

Los mexicanos son incapaces de gobernarse, dicen, porque en los cuarenta años que llevan de existencia como nación independiente, no han logrado todavía constituirse sobre bases sólidas y duraderas. Pero ¿qué son cuarenta años en la vida de una nación? Y por lo menos en los diferentes cambios de gobierno que ha habido en México, casi nunca hemos variado los principios fundamentales de nuestra organización política; no hemos pasado, como v. g. lo ha hecho la Francia en menos de un siglo, de la república una e indivisible al directorio, del directorio al consulado, del consulado al imperio, del imperio a la monarquía *per Deigratiam*, de esta a la monarquía constitucional, de esta otra vez a la república, y de esta por fin a un segundo imperio, cuyas bases están también hoy día ya tan minadas, que tal vez antes de que acabe ese año, el trono del 2 de Diciembre habrá sido derrumbado y hecho pedazos por una nueva revolución socialista.

Por otra parte, ¿acaso nosotros no estamos ahora organizados?

¿No tenemos un código fundamental que se acata en toda la extensión de la República, con excepción de tres o cuatro gavillas de forajidos que vagan por los montes, y que ciertamente un hombre sensato no considerará como representantes de un partido? ¿No tenemos a un presidente, legalmente electo por una inmensa mayoría de sus ciudadanos, y cuyos títulos son sin duda menos contestables que los que puede alegar en su favor el emperador Luis Napoleón?

Pero esos repetidos pronunciamientos, esos escandalosos motines militares, esas asonadas provocadas y dirigidas por unos cuantos ambiciosos!

En efecto los ha habido, y por desgracia nuestra, con demasiada frecuencia; pero bajo este respecto somos hijos de los españoles, y será en verdad ridículo, que un padre ébrio quisiera regañar al hijo por haberse embriagado.

Decimos que los *ha habido*, pero ya no los habrá! El principio de legalidad que triunfó en Diciembre de 1860, después de una desesperada lucha de tres años, no podrá ya ser derrocado. La última tentativa que se hizo contra él, aunque no ya con

las armas en la mano, sino por medio de la petición de los 51, que con el carácter de particulares y no de diputados, solo hicieron uso de un derecho constitucional, y cuya tentativa fracasó completamente en todos los Estados de la Federación, deberá haber convencido al mundo de que la época de los gobiernos *de hecho*, como fue el que reconoció ligeram ente y sin criterio alguno la diplomacia europea en 1858, pasó para siempre jamás en esta República; mientras que nadie puede saber lo que trae en su seno la segunda mitad de este siglo para las carcomidas monarquías trasatlánticas!

Los reyes y príncipes creen haber inhumado muy bien al elemento democrático en sus estados; pero a cada estremecimiento que hace este Encelado moderno dentro de su tumba, se conmueve el mundo, pues indica que el gigante no ha muerto todavía, y no espera más que un momento oportuno para resucitar en toda su fuerza, en todo su vigor, en toda su eterna juventud!

Que se retiren los invasores de nuestro territorio, en el que su presencia no hace más que alentar esperanzas que ya estaban casi desvanecidas, de un corto número de bandoleros: y dentro de tres meses la Europa verá, que las fuerzas que hemos puesto sobre las armas para rechazar injustas pretensiones, habrán sido suficientes para dar a la República una paz octaviana desde el golfo de Cortés, hasta el cabo Catoche, desde Acapulco hasta Matamoros.

Los mexicanos son corrompidos y venales, gritan esos modelos de virtud y moralidad, que con admirable desprendimiento se contentan con hacerse en la República por medio de sus ruinosos contratos con el gobierno, y aprovechando los continuos apuros financieros del mismo, en el termino de diez años un capitalito de diez millones.

Ah! somos venales, somos corrompidos! ¿y con esto formamos acaso una excepción de todas las demás naciones en este siglo? ¿Por eso, solo los mexicanos aparecen como una mancha negra sobre la túnica blanca de la humanidad?.- O jalá fuera así.

Más el culto del Becerro de oro, la adoración del Dios *Dollar* es por desgracia demasiado general en este tiempo, y con razón rogam os y clamamos, nosotros los pobres desheredados, porque nos venga un nuevo Mesías con un nuevo evangelio de paz, de fraternidad y de igualdad, y que establezca nuevos fundamentos para esta corrompida sociedad.

Comprendemos, aunque no aprobamos, la aristocracia de la sangre, porque su principio "*Noblesse oblige*," es por lo menos noble y elevado; pero detestamos de todo nuestro corazón la aristocracia del dinero, que nunca se informa de los medios con que una fortuna ha sido ganada, y admite en su seno a un millonario, aunque de cada peso de sus millones goteen lágrimas y sangre.

El padre yankee dice a su hijo al despedirlo de la casa paterna, y en forma de bendición:

"Make money, my son, honestly, if you can, but in every case make money."

Haz fortuna, hijo mío, honradamente, si puedes; pero de cualquiera manera haz fortuna!

Hé aquí en pocas palabras el resumen de la moral del siglo XIX, en América, como en Europa, en Inglaterra, Francia y España, como en México.

Empleos se compran, empleados se venden en repúblicas como en monarquías. Los Estados Unidos aventajan en esto muy poco a la Rusia. El presidente democrático, así como el autócrata, no se atreven a destituir a todos sus servidores infieles y venales, porque temen no encontrar con quienes reemplazarlos!

La sociedad entera necesita regenerarse, y si el escandaloso proceso de *Teste—Cubiéres* apresuró la caída de Luis Felipe, la causa más escandalosa todavía del banquero Mirés, la cual ha salpicado de lodo hasta a los personajes más encumbrados de la Francia, tal vez no solo pronóstica la caída de un trono, sino —y quiera Dios que sea sí!— la de todo nuestro actual sistema social.

Por este motivo no vengáis de allende el Atlántico a buscar la paja en nuestro ojo sin ver la viga que teneis en el vuestro!

Los mexicanos son cobardes. Alto ahí, calumniadores! Al hablar del carácter de toda una nación, es preciso ser muy circunspecto, principalmente al atribuirle defectos. Sentamos por principio que en esa clase de apreciaciones todo juicio general es por esta misma circunstancia erróneo. Así es, que rechazamos indignados semejante calificación.

Las tropas mexicanas han sido vencidas más de una vez por tropas extranjeras; pero en muchas ocasiones, como *v. g.*, en las memorables batallas de la Angostura, Churubusco y Molino del Rey, han sabido por lo menos batirse con denuedo, mereciendo los elogios de sus propios vencedores.—¡Honor al valor desgraciado! Más aún, han triunfado en mil acciones gloriosas durante la lucha por la independencia, y posteriormente en Tampico. Hay igualmente que tomar en cuenta, la desunión que con frecuencia ha reinado entre los jefes, impidiéndoles combinar sus movimientos y planes; así como nuestro defectuoso sistema de reclutamiento. Se necesita imperiosamente para tal y tal día tal número de fuerzas, y no queda al gobierno otro arbitrio que reunir las de la manera que puede, ponerles el fusil en la mano y mandarlas al fuego —aunque nunca hasta aquel día hayan disparado un tiro.— ¿En este caso es extraño, que no sepan resistir al empuje de soldados aguerridos y fogeados, buscando su salvación en la fuga?

Sin embargo, las largas contiendas civiles no dejan de haber sido para nosotros una excelente escuela de guerra; y si tuvieramos que medir nuestras armas con los invasores, puede ser muy bien, que por la mejor organización, la mejor disciplina y la mejor calidad de armamento que reúnen los europeos, quedemos vencidos en una, dos o tres batallas campales; pero quien sabe, si las mismas derrotas —como es natural— no nos enseñarían después a vencer a nuestra vez!

Sobre todo, el amor a la patria nos dará el valor necesario —sino para vencer, por lo menos para morir; y que este noble sentimiento abraza en efecto el pecho de cada mexicano, los mismos europeos deben reconocerlo al ver las entusiastas manifestaciones del espíritu público en toda la nación, en favor de la independencia y contra la injusta invasión, y la espontaneidad y unanimidad con que se apresta a la defensa de su territorio.— Aunque débil y desagrada por la larga serie de guerras

civiles, apenas oyó el grito: “*la patria está en peligro*,” se ha levantado como un solo hombre para protegerla y defenderla.

“Somos tres potencias y de las más poderosas del mundo, que hemos venido a imponer nuestra voluntad,” dicen la Inglaterra, la Francia y la España.

“No acostumbramos contar el número de nuestros contrarios, responderán todos los mexicanos, y sabremos cumplir con nuestro deber!”

Los mexicanos son indolentes y poco formales en el cumplimiento de su palabra.

Convenimos, aunque con cierta reserva, en que nos falta esa actividad, esa indomable energía que caracteriza a nuestros vecinos de la raza anglo-sajona, los cuales, después de comenzada no desisten de una empresa por más ardua que se les vuelva.

No nos gusta la molición; nos entregamos con placer al “*dolce far niente*,” pero preciso es no olvidar tampoco, que vivimos bajo un temperamento tan templado y blando, que necesariamente enerva en algo al hombre, en una tierra tan pródiga, que casi sin necesidad de trabajo nos da los alimentos suficientes: acusen pues, más bien, a este clima, a esta tierra y no al hombre que no puede menos de resentirse de sus efectos.

Creemos, sin embargo, que la fatal palabra “*mañana*”, rémora de nuestros adelantos, se oirá cada día menos, y que por el contacto con extranjeros trabajadores y activos, aprenderemos a sustituirla por el “*Time is money*” del americano.

La falta de formalidad en los mexicanos, —aunque impresiona mal al extranjero— no es sino la exageración, la sombra por decirlo así, de otra cualidad muy bella que posee, de su genial política y amabilidad. No sabe decir “no” y por el deseo de complacer se expone a quedar mal después con su promesa.

Tampoco negaremos, que nuestra administración pública necesita grandes reformas, que nuestra hacienda es un caos, y careciendo absolutamente de sistema, se contenta con reunir penosamente hoy las cantidades necesarias para pasar el día de mañana; que nuestra administración de justicia es lenta y complicada por la falta de códigos; que nuestra industria no toma todavía gran vuelo; que nuestra organización militar es bastante viciosa; pero todos estos defectos no son sino consecuencias inevitables de nuestras continuas guerras civiles, y ya hemos dicho, que estas no han sido más que las tormentas necesarias para purificar el ambiente de la República de los miasmas coloniales.

En todas partes del mundo las mismas causas han producido iguales efectos.

Entre la infinidad de hechos que pudiéramos citar para comprobar esta aserción, nos limitaremos a extractar algunos pasajes del informe que dirigió el general Dumas al Comité de Salud pública en el año II de la república francesa, al recibirse del mando en jefe del ejército de operaciones sobre los realistas en la Vendée, y nos admiraremos al ver, qué clase de tropas eran las que Napoleón supo después organizar, disciplinar y moralizar para recorrer con ellas de victoria en victoria toda la Europa y parte del África y del Asia.

Leemos en dicho informe lo siguiente: “Y bien, es necesario decirlo: no hay en el ejército del Oeste casi ningún ramo, ya sea militar, ya administrativo, que no exija la mano severa de la reforma. Los batallones no tienen fuerza. Los antiguos cuadros han quedado reducidos a 150 hombres.

“Por ello podréis juzgar de la gran cantidad de reclutas que acaban de recibirse, de la nulidad de los batallones, cuya parte útil se encuentra paralizada por la inexperiencia de la mayoría, en tanto que la falta de instrucción de los oficiales no me deja la esperanza de formar hombres nuevos.

“Pero no está en esto todo el mal. Está sobre todo en el espíritu de indisciplina y pillaje que reina en el ejército, espíritu producido por la costumbre y alimentado por la impunidad. Este espíritu está llevado hasta tal punto, que me atrevo a aseguraros ser imposible contenerle, como no se envíe a los cuerpos que están aquí, a otros puntos, reemplazándolos en éste con tropas acostumbradas a la subordinación.

“Para convenceros de esta verdad, baste decir, que los jefes han sido amenazados de ser fusilados por sus mismos soldados, por haber querido impedir el pillaje en virtud de una orden dada por mí! A primera vista os admiraréis de estos excesos; pero bien pronto cesará vuestra admiración, si reflexionáis, que es una consecuencia necesaria del sistema seguido en esta guerra hasta hoy. Una vez impreso el movimiento de robo y pillaje, es difícil contenerlo. Demasiado bien sabéis, ciudadanos representantes, que la Vendée ha sido tratado como una ciudad tomada por asalto. *No se ha hecho en ella más que saquear, robar y quemar.*

...“A sí en último análisis, he encontrado muy pocos oficiales capaces de cumplir con sus deberes. La organización es generalmente mala, y reina en todo el ejército un abandono y un espíritu de indisciplina y de pillaje lamentable. No hay ninguna actividad ni instrucción. He llegado de noche hasta en medio de los campamentos, no solo sin haber sido reconocido, sino aún sin ser notada mi presencia. Como pueden admirar, en vista de esto, las derrotas que recientemente hemos experimentado!

“Y precisamente nunca son más necesarias las virtudes militares como durante las guerras civiles. Sin ellas no puede haber obediencia a las órdenes emitidas por un jefe ni convencer a los habitantes del país de la justicia que las ha dictado, cuando la justicia se ve hollada por las mismas tropas. Mal puede convencerse al pueblo del respeto de un jefe hacia las propiedades y hacia las personas, cuando los hombres encargados de proclamar este respeto, saquean y asesinan pública e impunemente...

“Al cambiar de sistema debemos cambiar de hombres, y es tanto más urgente el que se apoyen los principios en saludables ejemplos, cuanto que los habitantes de este país han sido engañados muchas veces con esperanzas frustradas, y más de una vez se han violado las promesas que se les habían hecho.”

Los medios que propone en seguida el general Dumas, para la reforma del ejército de la Vendée como entre otros, “la renovación escrupulosa de los oficiales por hombres instruidos en la escuela de la experiencia, probos, peritos y acostumbrados a mantener la más rigurosa disciplina,” los está poniendo en práctica ahora mismo, y con el mejor éxito, el general Uraga, aunque la pintura que antecede dista mucho de ser aplicable en todos sus detalles al ejército mexicano.

Que se establezca por fin entre nosotros una paz sólida y duradera sobre las bases de la Constitución y Leyes de Reforma, con generoso perdón para las personas extraviadas y sinceramente arrepentidas, pero sin la menor tentativa de una

fusión imposible de ideas opuestas; que se contenten las potencias aliadas con el saludable efecto que ha producido su presencia en nuestro territorio, cual es el de haberse reunido la inmensa mayoría de los mexicanos en derredor de la bandera nacional, —si efectivamente sus miras son tan desinteresadas y magnánimas como dicen,— y tras de la paz vendrá la prosperidad, y con ella todas las reformas administrativas que tanto deseamos, así como la extirpación paulatina de ciertos vicios inveterados, como v. g. la del cáncer de la empleomanía, pues lejos de que los hombres libres anhelan entonces destinos del gobierno, sujetándose a una especie de servidumbre, preferirán hacerse independientes por medio de su propio trabajo!

O tros muchos cargos podríamos desvanecer o atenuar de la misma manera que lo hemos hecho con algunos, probando si no su absoluta inexactitud, por lo menos su exageración, pero tememos habernos extendido ya demasiado en esta parte, y pasaremos a ocuparnos ahora en rectificar los pretextos que alegan las potencias aliadas para brindarnos con su intervención, *“una áncora de salvación en la deshecha tormenta que venimos corriendo!”*

CAPÍTULO III

LOS PRETEXTOS DE LA INTERVENCIÓN

Tan luego como llegó a México la noticia de haberse celebrado entre Inglaterra, Francia y España la convención del 31 de Octubre, y cuando no quedaba ya duda de que aquellas tres potencias habían resuelto mandar a nuestras costas una expedición armada para pedirnos satisfacción por los supuestos agravios que les habíamos inferido, toda la prensa mexicana lanzó un grito de patriótica indignación, y en mayor grado aún, cuando se supo la ocupación de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa por fuerzas españolas. Desde entonces se ha ocupado y sigue ocupándose con admirable unanimidad, en demostrar lo infundados que son todos los pretextos de semejante violación del derecho de gentes.

Podremos, pues, limitarnos en esta parte a constituirnos en eco de la prensa nacional, porque en nada difieren nuestras opiniones de lo que sobre esta materia ha publicado.

Los motivos que las potencias europeas han buscado para justificar su intervención, son dos: la falta de cumplimiento en el pago de las convenciones, y la falta de seguridad que hay en este país para sus súbditos.

Es verdad, que en el manifiesto que los cinco comisarios han dirigido a los mexicanos desde aquella parte de nuestro territorio, que sin previa declaración de guerra han invadido y ocupan, se lee: “Las tres naciones que venimos representando, y cuyo primer interés parece ser la satisfacción por los agravios que las han inferido, tienen un interés más alto y de más generales y provechosas consecuencias; vienen a tender una mano amiga al pueblo a quien la Providencia prodigó todos sus dones, y a quien se ve con dolor ir gastando sus fuerzas y extinguiendo su vitalidad al impulso violento de guerras civiles y de perpetuas convulsiones!”

Pero, ¿quién, preguntamos, las ha llamado? ¿aun supuesto que sea cierto lo que dicen, que estamos gastando nuestras fuerzas y extinguiendo nuestra vitalidad?

Si así nos place hacerlo, ¿qué le importa a la Europa?

¿La soberanía de un pueblo no es más que una vana palabra?

¿O somos menos soberanos porque no nos encontramos acaso bastante fuertes para resistir a tres potencias de primer orden?

¿El principio de la no intervención solo tiene aplicación en Europa?

¿Y se llama tender una mano amiga, cuando se la tiende para cobrar, y cobrar deudas en su mayor parte injustas y de origen vergonzoso?

¿En virtud de qué derecho pretendéis hacernos felices a vuestro modo y contra nuestra voluntad? —“*Invito beneficium non fil.*”

¿No sabéis acaso, que cuando un tercero quiere meterse en apaciguar disensiones domésticas, las partes contendientes prefieren hacer las paces para rechazar al inoportuno mediador?

Y si la Francia en 1814 y 1815, si la España en 1828 han sufrido intervenciones armadas de potencias extranjeras, era porque en aquellas épocas el espíritu de partido —en ambos países era el partido retrógrado!— hacía acallar el amor a la patria; pero, gracias a Dios, en México, —con muy raras excepciones— multitud de personas contrarias al actual sistema político, se han acordado de que *antes de partidarios son mexicanos*, han depuesto sus armas fratricidas ante las aras de la patria, para recibirlas en seguida *purificadas* de manos del Supremo Gobierno, y empuñarlas de nuevo contra el enemigo común.

Decimos todo esto bajo el supuesto de que realmente nos encontramos todavía en plena guerra civil: pero ya hemos demostrado, que es mentira que estemos desorganizados, mentira que necesitemos de un apoyo exterior para acabar de destruir los pocos restos de unas cuantas gavillas de ladrones; mentira que nuestra vitalidad se vaya extinguiendo, cuando nunca ha sido tan vigorosa —prueba la heroica lucha de 1857 hasta 1860, y la final conquista y el completo entronizamiento de los principios de la reforma en toda la República, así como los prestos de defensa que hace ahora contra los invasores.

No tratemos, pues, de refutar por segunda vez estos equivocados conceptos, sino que nos ocuparemos, primero, en la cuestión de las convenciones, aunque trazándola solo en su aspecto general, sin entrar en pormenores, y dejando su completa dilucidación a escritores más competentes en esta materia que nosotros, como un Payno, un Suárez Navarro, un Prieto, un Núñez; segundo en la pretendida falta de seguridad que experimentan en México los súbditos de las naciones invasoras.

A sí como las manos se ensucian cuando manejan dinero, de la propia manera suele mancharse la dignidad de una nación, cuando el principal pretexto que puede alegar para declarar la guerra a otra, se reduce a cuestiones financieras. Es lamentable ver a tres grandes potencias desenvainar la espada para obtener por la fuerza el pago de algunos millones!

“*Nunca la saques sin razón, ni la envaines sin honor,*” dice el lema incrustado en los aceros toledanos.

Poderosa razón, por cierto, la del dinero; insigne honor el de constituirse, la orgullosa Inglaterra, la generosa Francia, la hidalga Iberia en ministros ejecutores, para cobrar capital e intereses por cuenta de una compañía de usureros a un deudor momentáneamente insolvente!

Con qué bélico ardor marcharán a batirnos todas esas valientes legiones, que acampan ahora en Veracruz y sus alrededores; con qué indomable valor e invocando los mágicos nombres del Cid, de Napoleón y de Wellington, se arrojarán en medio de la pelea, para conquistar —¿coronas de laurel?— ¡oh no, sino sacos de dinero!

Con qué satisfacción, con qué orgullo regresarán en seguida a sus hogares, para recibir allí las bendiciones— ¿de sus hermanas, de sus novias y de sus madres?— ¡oh no, sino de Messrs. Baclay, Richardson y C., de Lorenzo Carrera, de Lizardi, Martínez del Río y Vía hermanos, dignos representantes de nuestras convenciones extranjeras, cuya gratitud llegará tal vez hasta el extremo de dar a nuestros vencedores un espléndido banquete a dos libras esterlinas por cabeza!

Y si los créditos que nos cobran con la punta de la espada, y que además nunca hemos rehusado pagar, fueran por lo menos justos y legítimos! Pero la historia del origen y el desarrollo de nuestra deuda exterior, es un tejido de infamias, de sustituciones, de fraudes, de falsificaciones, crímenes todos que merecen hasta diez años de presidio. Es la eterna historia del pobre que necesita dinero para salir de urgentes apuros, y que firma sin ver siquiera todas las condiciones que el usurero quiere imponerle, porque sabe, que a la menor vacilación de su parte, tendría que oír la fatídica palabra: “Pues entonces no hay negocio,” y ver retirarse la mano que ya se le tendía llena de dinero; de aquel dinero que representa para él la salvación de sus hijos, pues ya podrá comprarles pan; la salvación de su honor, porque ya podrá cumplir con solemnes compromisos.

Para dar una idea, aunque muy suscita, de la complicada cuestión de nuestra deuda exterior, nos hemos valido de la obra de D. Lorenzo Zavala, “*Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808 hasta 1830*,” de algunos apuntes del Sr. D. Juan Suárez Nava, y principalmente del notable opúsculo publicado en París a principios del mes de Noviembre último, y titulado: “*México y la intervención*.”

El autor del mencionado folleto, después de echar una mirada retrospectiva sobre la situación de la hacienda en México, desde los últimos años del gobierno virreinal, en la que demuestra los inauditos esfuerzos y sacrificios que ha hecho la República para satisfacer a sus acreedores, pues ha llegado al extremo nunca visto en ningún otro país del mundo, de hipotecar la mejor parte de sus rentas para garantizar una deuda en favor de extranjeros, sin que por este generoso desprendimiento haya podido librarse de las más duras calificaciones —el autor, decimos, pasa en seguida a exponer el origen y desarrollo de las tres convenciones inglesa, francesa y española.

El empréstito más antiguo de todos es el inglés; pues remonta al 7 de Febrero de 1823, en cuya fecha lo contrató en Londres D. Francisco de Borja Mignon, con la casa de B. Goldsmith y C., en virtud de la autorización que el gobierno había

recibido por el congreso mexicano. Su monto era de \$3,200,000 libras al 5 por 100 de interés anual y al precio de 55 por 100. Como en aquella época no se conocieron en Inglaterra sino muy imperfectamente las riquezas del país y la facilidad de explotarlas, no era fácil, que se consiguieran para este préstamo condiciones más ventajosas, aunque debe parecernos muy duro el haber sufrido desde el principio una pérdida tan enorme, y mucho más, cuando algunas medidas de economía en el país hubieran sido suficientes para satisfacer las necesidades del momento, como lo manifestó el uso que se hizo de los productos de este empeño, consumidos en su mayor parte en artículos inútiles y avaluados a precios exorbitantes.

La casa de R. C. Staples proporcionó al gobierno a cuenta del referido préstamo, un millón de pesos, y como en esta negociación Staples fue apoyado por la firma de M. Harvey, el gabinete inglés no aprobó, que su agente diplomático se hubiera mezclado en semejantes negocios mercantiles o bursátiles, relevándolo inmediatamente de su puesto, y sustituyéndolo por Mr. Morier; esto hizo en 1823 la misma Inglaterra que viene ahora a nuestras playas con el carácter de cobradora.

En Agosto de 1824 el gobierno mexicano contrató por medio de sus agentes Manning y Marshall, un nuevo empréstito de igual suma al anterior al 6 por 100, con la casa de Barclay, Herring, Richardson y Compañía de Londres, la cual lo vendió en 7 de Febrero de 1825 a la casa de Goldsmith y Compañía, al precio de 86 por 100; esta alza, aunque en verdad no era si no aparente, porque una de las cláusulas del nuevo préstamo era, que su producto debía quedar afecto en parte a la amortización del precedente; de manera, que los que en 1823 habían comprado bonos mexicanos a 55, recibieron en 1825 su importe íntegro, se debió por un lado a las relaciones exageradas de nuestras riquezas minerales, propagadas intencionalmente por los nuevos especuladores; por otro lado a la declaración de Canning, sobre reconocer la independencia de las nuevas Repúblicas hispano-americanas.

Dos suspensiones de pagos acaecidas en 1826 por parte de las casas de Barclay, Herring, Richardson y Compañía, y la de Goldsmith, protestando la primera letra por valor de 80,000 libras, y la segunda por valor de 20,000, así como un adelanto de 63,000 libras que sin interés alguno se hizo a la Colombia, dieron un rudo golpe a los intereses mexicanos.-Zavala califica en los siguientes términos los resultados de los empréstitos hechos en Londres:

“De esta manera entre quiebras, buques viejos, y estuarios inservibles, préstamos hechos sin interés ni esperanza de pago, órdenes del ministerio para gastos inútiles y pagos de deudas atrasadas, desapareció la suma de \$22.860,000, que sería todo lo que la nación debió recoger para contraer una deuda de ...\$32,000,00 que gravitan sobre ella, y que se aumentan cada día por no pagarse los dividendos.”

El gobierno inglés no tuvo en todas estas operaciones el menor participio, ni tampoco en las subsecuentes conversiones, reducción del interés anual al 3 por ciento designación del capital total en \$51.208,256 y la del importe de los gastos anuales, incluso el pago de los intereses, a razón de \$1.597,234; y tanto más singular debe parecernos el que de la suspensión temporal de los intereses de esta deuda, quiera hacer ahora un *casus belli*, cuanto que nunca lo ha hecho respecto a otros

gobiernos, deudores de sus nacionales, ni con el Austria, ni con el Portugal, ni tampoco con la España, con cuya potencia viene ahora aliada a observar hacia nosotros una conducta diametralmente opuesta a la que ha observado con aquella.

De los 5,000,000 de créditos favorecidos por la llamada convención inglesa, concluida en Diciembre de 1851, en la que se asignó para el pago de la deuda comprendida en estas estipulaciones, el 12 por 100 sobre los derechos de entrada, fijando el interés de 3 por 100 anual, solo una mínima parte pertenece a súbditos de S. M. M., como aparece por la curiosa comparación hecha por el Sr. Suárez Navarro, que en seguida reproducimos:

C O N V E N C I Ó N I N G L E S A
I N G L E S E S

C arlos W hitehead	27,428.85	
H . Schmidt y C ia. (13 Barton)	40,920.00	
G raham G eaves y C ia. por M ontgomery	98,280.00	
A lejandro G rant	100,000.00	
		<hr/>
T otal de ingleses	266,628.85	

E X T R A N J E R O S C O N P R O T E C C I Ó N I N G L E S A

M artín ez del R ío	1,036,011.29	
K auffm ann	8,400.00	
		<hr/>
		1,044,411.29

M E X I C A N O S , E S P A Ñ O L E S , & C .

V iy a hermanos	821,980.01	
L izardi	986,123.18	
E chev erri e hijos:	120,103.02	
		<hr/>
A l frente		2,739,246.35
D el frente		2,739,246.35
P edro E chev erría	12,432.00	
S oriano	100,000.00	
D íaz y C	107,613.98	
A güero G onzález y C	35,880.00	
E ch ave	127,680.00	
M urphy (José)	24,512.81	
M artin C arrera	68,275.86	

José Velázquez de León	26,827.59	
A . Pam an es	9,793.10	
Jecker	51,240.00	
Muriel	41,575.76	
Luzuriaga	368,000.00	
M anuel E scan dón	88,908.89	
F rancisco M iranda e Iturbe	176,724.14	
V icente E scan dón	1,383.61	
Bringas	96,551.72	
D oorm ann e hijo	54,600.00	
Béistegui	25,000.00	
A rzam endi	3,754.19	
Rodríguez (D. Miguel)	8,400.00	
Rosas (D. José J.)	5,880.00	
P. M orán	825,720.00	2.260,753.65
.		5.000,000.00

Al expirar el término de cinco años fijados por este arreglo, se aumentó el interés al 4 por 100 conforme a los términos del mismo, estipulando el 6 por 100 de amortización. Posteriormente el interés se elevó al 12 por 100, al 15 por 100 al 16 por 100; y en virtud de los últimos arreglos hechos en 1859 por el gobierno constitucional, los Sres. Dunlop y Aldham llegó a subir hasta el 24 por 100 resp. 26 por 100.

La llamada convención francesa, la más honrosa, legal, perfecta y económica de cuantas se han celebrado, data del año de 1853, y fue celebrada por Mr. Levasseur, respecto al pago de los créditos procedentes de la depreciación de la moneda de cobre, cuya depreciación fue reconocida por el gobierno mexicano, y comprendiendo además otros, procedentes de reclamaciones de súbditos franceses. El importe de esta convención es comparativamente insignificante, pues no pasa hoy de \$120,000 para cuya amortización y pago de intereses se asignaba desde el principio el 25 por 100 sobre los derechos pagados por buques franceses. Más tarde la convención Penaud introdujo un aumento de 8 por 100 sobre los derechos que debían percibirse sobre los otros buques.

Lo que es extraño en esta convención, es que, a pesar de que al principio no extendía sus ventajas sino sobre créditos *franceses desde su origen hasta su fin*, diferentes representantes de la Francia, entre ellos Mr. Penaud y Mr. Saligny, se empeñaron en establecer, que ningún examen ni distinción debieran hacerse en cuanto a los orígenes de los créditos presentados por franceses, cuya estipulación deja naturalmente la puerta abierta a toda clase de fraudes.

En virtud de la ley de 28 de Junio de 1824, el congreso general de México, reconoció hasta el 17 de Septiembre, la deuda contraída *en la nación* por los virreyes, como *nacional*, y la contratada con los mexicanos se reconocía desde esta fecha hasta el 27 de Septiembre de 1821. Sin embargo, repetidas veces se trató de conver-

tir esta deuda nacional en extranjera, y después de varios incidentes se concluyó en 1853 un tratado, en virtud del cual, *se reconoció como deuda española la que reuniese las condiciones de origen, continuidad y actualidad españolas.*

Aquí comienza la vergonzosa historia de D. Lorenzo Carrera, introductor fraudulento de créditos de la deuda interior en la española, y con tanto descaro hacia estas falsificaciones, que el gobierno mexicano no podía ya cerrar los ojos, y empezó a insistir con incontestable justicia en la revisión de los créditos españoles, la cual admitida en 1856 por el imparcial representante de la España, D. Miguel de los Santos Álvarez, fue desechada posteriormente por el gobierno de la Península, porque el oro de Carrera había logrado inclinar la balanza de la justicia en su favor. Empleados se venden en Repúblicas como en Monarquías, dijimos más arriba: podemos agregar ahora, no solo empleados, sino también todo un gobierno!

El capital de la convención española es de \$6,563,500, de cuya cantidad se han de rebajar \$2,411,941, los que son motivos de la cuestión actual; los intereses vencidos ascienden a 3,385,260, pues importan anualmente la cantidad de 564,210, y se deben por seis años hasta 11 de Abril venidero.

Llegamos ahora al inicuo tratado Mon-Almonte, por el cual un mexicano e hijo de uno de los más ilustres caudillos de nuestra insurrección, rompió sus títulos de nacionalidad y se pasó a las filas de nuestra antigua dominadora. En virtud de este tratado, cuya nulidad fue plenamente probada por la enérgica protesta del Sr. Lafragua, se concedió la victoria final a Carrera: triunfó otra vez el oro, no solo sobre la justicia, sino también sobre el patriotismo!

He aquí los créditos cuyo pago fue suspendido por la ley de 17 de Julio; y aunque posteriormente fue derogada esta ley por el Congreso, y quitada esta piedra de escándalo, las potencias aliadas no por eso insisten menos en sus proyectos de guerra contra México, descubriendo claramente, que la referida suspensión de pagos no fue más que un pretexto oportuno del que trataron de aprovecharse, pero que sus verdaderas miras son muy distintas de las que quieren aparentar.

A demás de los créditos mencionados, hay otros procedentes de arreglos hechos por los gobiernos ilegítimos de Zuloaga y Miramón, cuyo monto puede casi equipararse al de los anteriores, es decir, llegar a la cantidad de cien millones de pesos.

Conocemos las pretensiones de los gobiernos europeos sobre establecer una solidaridad por los actos cometidos por los diferentes gobiernos de México, cualesquiera que sean sus títulos de legalidad; pero si ellos, o sus representantes, no tuvieron el suficiente criterio para distinguir cuál de los dos, si el de Zuloaga o el de Juárez, emanaba del código fundamental de la nación, muy triste nos parece, que nosotros tengamos que pagar esta falta ajena con cien millones de pesos!

Hasta ahora el gobierno ha luchado sin embargo para no reconocer otros compromisos respecto al pago de estos últimos créditos, sino en cuanto al de los \$660,000 robados por Miramón en la calle de Capuchinas, y esperamos de la firmeza del mismo gobierno, que no pasará por ningún otro crédito, ni por los bonos Zuloaga, destinados a continuar la conversión de la deuda interior, los cuales se vendieron en la plaza al 4 por 100 de su valor; ni por los bonos Peza por valor de 34.000,000, los

que desde su emisión fueron tan despreciados, que no los tomaban a ningún precio; ni mucho menos por los llamados bonos Jecker, que debían cambiarse por los precedentes, y que por medio de una refacción de un 5 por 100 sobre su valor en provecho del gobierno intruso, debían servir para amortizar en un 80 por 100 toda clase de contribuciones, motivando ahora la reclamación del *suiizo* Jecker, quien por los 14 millones que le quedaron de este papel de un valor puramente nominal, quiere contentarse con diez millones en efectivo, y se ve apoyado en semejante pretensión, tan absurda como ominosa, por el ministro *francés*, M. r. Dubois, o M. r. de Saligny como él prefiere llamarse.

Lo que sí debe satisfacerse, y con toda preferencia, es el crédito de la conducta de caudales tomados en Laguna Seca, cuyo importe es de \$404,053 al 12 por 100 anual.

El resumen de esta exposición es, que México reconoce hasta ahora una deuda exterior de cerca de 100 millones de pesos, y que está dispuesto a pagar los réditos correspondientes y a amortizarla paulatinamente; pero insiste en que se revisen con escrupulosidad todas las convenciones, excluyendo de ellas las partidas que de una u otra manera no estén expresamente comprendidas en las mismas, según el texto de los respectivos arreglos, debiendo quedar en tal caso, según los mejores datos, nuestra deuda exterior reducida a la cantidad de menos de cuarenta millones.

¿Y puede decirse que esta pretensión es exagerada?

¿No está acaso fundada en las nociones más elementales del derecho?

Pero mucho tememos, que las potencias aliadas no quieran pasar por ella, aunque no pueden tener ningún interés, y principalmente la Inglaterra, en querer cubrir con su protección créditos que no pertenezcan a sus nacionales.

O cupémonos ahora del segundo pretexto que alegan los aliados para justificar su invasión, es decir, de la falta de seguridad que experimentan sus súbditos en esta República.

Hemos dicho antes, que los malos informes de extranjeros residentes en México, así como sus exageradas reclamaciones, nos han traído la intervención, o por lo menos han servido de pretexto para ella a las potencias aliadas. Se nota, sin embargo, una cosa bastante extraña, y es, que gran parte de estos mismos extranjeros parecen temer ahora las consecuencias de la intervención.

Son como aquel aprendiz del brujo alemán, el cual después de haber mandado a la escoba mágica traerle agua y más agua para su baño, usando de la palabra sacramental que había sorprendido a su maestro, no se acordó después de la segunda para hacer cesar el trabajo de la escoba, y se vio ahogado por las incesantes oleadas que cayeron sobre él.

¿Y de qué se quejan los extranjeros?

De la abundancia de ladrones que infestan el país, de los continuos riesgos que corren sus intereses y sus personas, y del espíritu hostil de la población hacia ellos.

No hablemos de la última queja, pues si algo nos admira, es precisamente, que el mexicano demuestre todavía tanta benevolencia, tanta simpatía, tanta amabilidad para con el extranjero, sabiendo ya muy bien, de qué manera éste, por regla general, le paga sus buenas disposiciones: con pretensiones de superioridad y con calumnias.

Ladrones, sí, los hay todavía, y muchos, principalmente si, como debemos hacerlo, se considera como tales a todas esas gentes que componen las chumas acaudilladas por Cobos, Martínez, Vicario y otros individuos de la misma ralea. Pero aquí como en todas partes del mundo, la guerra civil suele hacer subir a la superficie los elementos más depravados de la sociedad desencadenando todas las malas pasiones del corazón humano, así como al revolver las aguas sube el lodo que compone su fondo; y no es ciertamente el medio más a propósito para destruir estos males, el que ha escogido los invasores de nuestro territorio, pues consiste en traernos nuevas complicaciones, bajo el pretexto de arreglar las que todavía subsisten entre nosotros. Sería esta una aplicación algo nueva del principio homeopático: *Similia similibus curantur!*

Por otra parte, la existencia de estos ladrones, bajo el nombre de partidarios de la reacción, o sea del partido de la Religión y el Orden, como ellos lo llaman, los cuales como cruzados de nueva especie nos hacen la guerra santa a nosotros, los infieles, los herejes, los liberales, creyendo lícito emplear en ella los medios más reprobados, como el saqueo, el incendio, el plagio, el tormento, el estupro, el asesinato y otras lindezas por el mismo estilo, -prueba, mejor que cuanto pudiéramos decir en contra de semejante partido, su absoluta impotencia, como lo demostraremos más extensamente en el siguiente capítulo.

Pero a pesar de este refuerzo que los ladrones del camino real han encontrado en los reaccionarios, su número disminuye diariamente, gracias a los constantes esfuerzos del gobierno general, y más aún de los gobiernos de los Estados, en perseguirlos sin descanso, y aplicarles a todos los que logran aprehender, el condigno castigo de pasarlos por las armas, con solo la identificación de su persona.

Es increíble el número de bandidos fusilados durante el año pasado; y si en teoría podemos abogar en favor de la abolición de la pena de muerte, por ahora no nos parece conveniente poner aquí en práctica este principio humanitario.- Hay muchos Estados, entre otros, Guanajuato, Yucatán, Tabasco, Chiapas y Oaxaca, que a consecuencia de las medidas enérgicas tomadas por sus autoridades, se ven ya completamente libres de semejante plaga; y no cabe duda que siguiendo nosotros el mismo sistema que hasta ahora, y retirándose los invasores de nuestro territorio, a fin de que podamos emplear el ejército exclusivamente en la destrucción de las gavillas, los afiliados en la congregación de sogá y puñal, cuyos santos son: Robin Hood, Schinderhannes, Fra-Diavolo y Chiavone, este último protector y amigo del ex-rey de Nápoles se verán obligados o a convertirse en hombres de bien, o a buscar otros países menos bárbaros que el nuestro, donde ejercer sus hazañas.

Sobre todo, si es tan inhabitable esta República, si tanto pululan en ella los ladrones, y si hay tanta inseguridad para los extranjeros: ¿quien? preguntamos, les obliga a venir aquí, o a permanecer entre nosotros, como lo acaba de decir muy bien el Sr. Doblado en su nota del 12 del próximo pasado, dirigida al señor ministro residente de Prusia, en contestación a la protesta de dicho señor, contra el pago de la contribución del 2 por 100 sobre capitales por parte de los extranjeros?

Las puertas de la República están siempre abiertas, sea para entrar, sea para salir de ella. Los extranjeros que no quieren someterse a sus leyes, pueden abandonarla el día y en la hora que quieran.

Pero de antemano podemos asegurar, que muy pocos han de tomar semejante resolución, excepto los que ya tienen su fortuna hecha: es, pues, lógico suponer, que la falta de seguridad que aquí experimentan, está bien compensada por otras ventajas; y así es en efecto.

Enormes, exorbitantes son las ventajas que la República ofrece al extranjero.

Y a hablamos de las que les proporciona el clima y la naturaleza del país, así como el carácter de sus habitantes— y solo estas son suficientes para hacer bajo este aspecto a México superior a cualquier otra región del globo; pero hay además de las mencionadas otras muchas y muy positivas.

Al revés de la Europa, en México sobra trabajo y faltan brazos.

De ahí viene la facilidad de ganar aquí dinero, en cualquier ocupación a que uno quiera dedicarse; y si bien es verdad, que escasean en el momento más que antes las ocasiones de emplearse, principalmente para los hombres que no son ni artesanos, ni comerciantes, ni médicos, como v. g. para literatos, profesores, artistas, ingenieros, mecánicos &c., la paz, que no puede tardar en restablecerse, los recomendará con prodigalidad de todas las privaciones que actualmente sufren.

El trabajo no es, sin embargo, el medio más rápido de hacer una fortuna, ni aquí, ni en ninguna parte del mundo: hay otra palanca mucho más poderosa, la cual a pesar de los vigorosos esfuerzos que hace el socialismo para romperla, por considerarla injusta e inmoral; servirá todavía por mucho tiempo a los ricos contra los pobres; esta palanca se llama *capital*, y su naturaleza está perfectamente designada por el mismo evangelio en el versículo que dice: “al que tiene se le dará, y al que no tiene, se lo quitará aun lo que tiene.” Con otras palabras: los grandes capitales absorben y devoran siempre los pequeños: aplicación de la ley de atracción!

Pues en Europa, donde teórica como prácticamente el socialismo ha hecho ya considerables progresos, el interés del capital se reduce comúnmente al 3 1/2 por 100 o al 4 por 100 anual con hipotecas muy seguras, mientras que la República, donde propiamente dicho, no se conoce el pauperismo, para la curación de cuyo mal se ha inventado el socialismo, es muy moderado el interés del 24 por 100 y sube con facilidad al 36 por 100 y en ciertas negociaciones, a un guarismo tan elevado que en cualquier otro país parecería fabuloso.

Lo que el capital produce en Europa en un año, lo produce en la República en un mes.

Si es empleado en el comercio, el 10 por 100 líquido se considera allí como una ganancia muy regular, mientras que aquí, cuando se ha conseguido el 18 por 100, los comerciantes —en su mayor parte extranjeros— se lamentan y dicen, que los negocios van mal.

Supongamos, pues, que a estos tales comerciantes les sobrevengan realmente mayores desgracias que en otras partes del mundo, nos parece muy justo, que así se contrabalanecen las grandes ventajas que hemos especificado, sin insistir aquí nue-

vamente en lo que ya hemos indicado más arriba, que las mismas llamadas desgracias suelen reportarles por medio de las reclamaciones pingües ganancias; a menudo hasta se buscan aquellas para obtener estas!

En una palabra: la posición del extranjero en la República es de tal manera preferible a la del hijo del país, que muchos mexicanos tratan de procurarse para ciertos negocios la firma de un extranjero, con el objeto de participar de los privilegios que este título envuelve.

Contra todas las cargas que pesan sobre el mexicano, el extranjero se defiende con el escudo del *derecho de extranjería*.

No paga contribuciones de guerra, se ve exento de los préstamos forzosos; no se le obliga nunca a prestar servicios personales, y mientras que apenas habrá una familia mexicana que no tenga que llorar la pérdida de un padre, de un hijo o de un hermano, sacrificados en una de nuestras continuas revoluciones o en defensa de la patria contra un enemigo exterior, de los 50,000 extranjeros que aproximadamente se encuentran en la República, el número de los que hayan muerto de muerte violenta, es realmente insignificante, sobre todo, cuando se considera cuántos de ellos, y principalmente españoles, toman una parte muy activa en nuestras contiendas políticas, como lo prueba el hecho de que muchas de las chusmas que con la cruz verde en el pecho asuelan todavía el país, están capitaneadas por ladrones *gachupines*.

Si las potencias europeas tienen tanta ansia de proteger la vida e intereses de sus súbditos, residentes en países lejanos, les aconsejaremos que se dirijan a la Alta California, donde los asesinatos de extranjeros están a la orden del día desde hace más de 12 años; pero como la California forma parte de los Estados Unidos, y que éstos, aunque momentáneamente desgarrados por la guerra civil, son todavía bastante poderosos, creemos, que a los aliados les parecerá más cómodo conquistarse en esta República que reputan débil, el pomposo título de "*D defensores de la humanidad ultrajada!*"

30,000 cristianos perecieron en la Siria, villanamente asesinados por los Rusos y Musulmanes; y la Francia no ha podido llevar al cabo su proyecto de vengar la muerte de tantas víctimas, ni de establecer una protección eficaz para los que han sobrevivido, porque, habiendo resucitado con este motivo entre ella y la Inglaterra la famosa *cuestión oriental*, esta última potencia, temiendo, que su rival pudiera obtener en aquellas regiones alguna preponderancia, logró paralizar su acción, y la obligó a retirarse de la Siria, dejando a aquellos cristianos más que nunca expuestos a nuevas matanzas por parte de los Rusos.

Y esta misma Inglaterra viene ahora a hablarnos de sus principios de humanidad, y a vengar con grande aparato de escuadras y ejércitos los asesinatos de tres o cuatro de sus nacionales!

Si nada valen, pues, los pretextos colectivos de las tres potencias, menoscabarán los particulares de la España.

Al lado de las víctimas de San Vicente, Chiconcuaque y el mineral de San Dimas, por cuya muerte todavía pide venganza, hace tiempo que están sepultados los cadáveres de muchos de sus asesinos, caídos bajo la cuchilla de la Ley.

Su pretensión de que el gobierno del Sr. Juárez reconozca el tratado Mon-A l-monte, está pulverizada por la nota de Lafragua.

La injusticia de la reclamación, motivada por el apresamiento de la barca “*Concepción*,” está plenamente probada por la luminosa sentencia del tribunal de Veracruz, pronunciada en 1860.

Y finalmente, en cuanto a la expulsión del Sr. Pacheco, ya no necesitamos nosotros demostrar la justicia que nos asistió en desembarazarnos de semejante intrigante y enemigo del país, porque el mismo Calderón Collantes, ministro de estado de S.M.C., por su contestación al discurso del ex-embajador, nos ha ahorrado este trabajo, pues textualmente dice:

“El Sr. Pacheco, sin embargo, nos ponía con sus actos” —entre otros, la orden que había dado al jefe de las fuerzas navales de la Península, estacionadas en Sacrificios, de prepararse para bombardear la plaza de Veracruz— “en situación de hacer la guerra al gobierno de Juárez;” y más adelante: “se creía, que el Sr. Pacheco hacía una política propia, una política personal, una política independiente, *totalmente* independiente de la que el gobierno se había propuesto seguir allí.” Así es que de ninguna manera los tiros asestados al Sr. D. Joaquín Francisco Pacheco alcanzaban al representante de la España. Además, multitud de escritores mexicanos, como Santacilia, José María Iglesias, Prieto y otros, han dilucidado esta cuestión tan perfectamente, que nada nos queda que añadir a sus razonamientos.

CAPÍTULO IV

LOS PARTIDOS DE MÉXICO

En nada abundan tanto entre los europeos los errores respecto a México, como en cuanto al carácter de nuestros partidos políticos que hasta ahora se han estado disputando el poder.

Trazaremos, pues, aunque en grandes rasgos, la historia de dichos partidos, a fin de que los hechos pasados nos sirvan para formarnos una idea del porvenir, que a cada uno de ellos le está reservado en la República.

Hay dos métodos de escribir la historia.

El primero consiste en reunir con exactitud, imparcialidad y criterio, los sucesos más notables de una época o de una nación, presentándolos por su orden cronológico.

El segundo trata de descubrir en medio de los hechos aquel hilo colorado que se encuentra dentro de todos los cordajes de la marina inglesa; es decir, el íntimo sentido, el carácter predominante, *la filosofía* de los acontecimientos, cuyo sistema es sin duda superior al primero, aunque no puede prescindir de su auxilio.

Al hacer ahora un estudio retrospectivo sobre el origen y desarrollo de nuestros partidos, los mismos límites de un folleto nos imponen la necesidad de emplear el segundo, aun independientemente de su superioridad; debiéndose además suponer, que nuestros lectores estén al tanto por lo menos de los sucesos y personajes principales de nuestra historia.

El espíritu del siglo tiene una fuerza tan irresistible, que arrastra en pos de sí aun a los hombres de ideas enteramente opuestas, empleándolas como medios para llevar al cabo la realización de los principios que él entraña.

Esta importante verdad se ve plenamente confirmada por la historia de nuestra independencia y subsecuentes cambios políticos.

Al dar el cura Hidalgo en la noche del 15 de Septiembre de 1810 el célebre grito de Dolores, muy lejos estaba de prever todas las consecuencias que pudiera traer este paso atrevido, ni mucho menos podía tener ideas exactas sobre la forma de gobierno que se habría de establecer en el caso de quedar derrocado el sistema colonial: soñaba tal vez en una teocracia, como era la del pueblo hebreo! Al proclamar la revolución, no publicó plan ninguno, ni hizo manifiesto que diese a entender sus intenciones, limitándose a poner una bandera con la imagen de la virgen de Guadalupe, y a gritar: “Viva Fernando VI” “Viva Nuestra Señora de Guadalupe!” “Mueran los Gachupines!”

Qué distancia entre semejante grito y el sistema democrático, que felizmente hoy nos rige!

Aquel grito no era más que la explosión de la indignación popular, reprimida durante tres siglos, contra los españoles, explotadores y amos del país y de sus desgraciados habitantes, y envolvía tal vez en los que seguían a Hidalgo, el principio de una guerra de casta. No renunciaron en lo más mínimo a la obediencia que creían deber a su buen rey en virtud de la bula de Alejandro VI, ni mucho menos al fanatismo que los primeros misioneros les habían inculcado, cuyo fanatismo está perfectamente representado por el cuento de la maravillosa aparición de aquel cuadro bastante mal pintado.

Algunas disposiciones del gabinete de Madrid, que había prohibido últimamente la fabricación de ciertos efectos dentro de la Nueva-España en provecho de la industria peninsular; que había mandado destruir las viñas en el Parral, contribuyeron en algo a apresurar aquella explosión, pero siempre debemos presumir “que los corifeos de este movimiento fueron movidos por un sentimiento noble de orgullo nacional, a sacudir el yugo de una tiranía monstruosa.”

Sin embargo, si a Hidalgo le hubiera sido posible presentar las bases de un sistema social, contener a sus huestes indisciplinadas, ofrecer garantías y hablar por manifiestos y proclamas a la nación, el triunfo de la causa hubiera sido seguro en el principio; pero todo esto no podía hacerse en aquellas circunstancias: principalmente porque el grito que dio Hidalgo era prematuro, teniendo éste que precipitarse por las denuncias que las autoridades de Guanajuato y Querétaro habían recibido de los trabajos revolucionarios.

A sí es, que los continuos, pero inevitables desórdenes de aquel movimiento tumultuoso, impidieron a multitud de patriotas a unirse a él desde luego. La desaparición de la escena de Hidalgo, Allende y otros caudillos, por más que lamentemos su infausta muerte, debe considerarse como un progreso para nuestra independencia, pues los patriotas que los reemplazaron, los hermanos Rayón, Quintana Roo, Morelos, Matamoros, Guerrero, Bravo, Mier y Terán, y Victoria, estaban ya muy

lejos de aquellos vivos en favor de Fernando VII, y entreveían con mucha más claridad que sus precursores, el *doble* fin hacia el cual debían dirigirse: “*Independencia y Libertad!*”

Observaciones análogas pueden hacerse respecto al plan de Iguala.

¿Quién había de decir, que el más temible, el más encarnizado de los enemigos de la causa americana, el hombre que se distinguió durante ocho años por su odio y crueldad contra sus hermanos, los mexicanos, el asesino de prisioneros indefensos en Celaya y Salvatierra, en una palabra, el coronel realista D. Agustín de Iturbide, se pondría después a la cabeza de los mismos insurgentes, a quienes tanto había combatido y perseguido y asesinado!

“*Humillaos, fiero Sicambro: quem a lo que has adorado, y adora lo que has quemado!*”

Quién, sobre todo, al leer el texto de dicho plan podría presumir, que de él había de emanar de consecuencia en consecuencia una Constitución como la de 1857 y las Leyes de Reforma!

Este plan no era en realidad más que un dique opuesto a las ideas liberales que los franceses habían llevado con sus armas a la Península, un refugio ofrecido al buen rey Fernando con todo su séquito de nobles y obispos y palaciegos y con todas las añejas ideas del siglo XVI, en el caso de que se arrepintiera del enorme crimen de haber jurado la constitución de 1812, y reconocido como dogmas políticos la soberanía y libertad de imprenta.

Claramente está probada esta aserción por casi todos los artículos del mencionado plan, principalmente por los que en que se declara a Fernando VII emperador del nuevo imperio de Anáhuac, y al clero secular y regular con todos sus fueros y preeminencias.

Pero aunque el plan de Iguala era en efecto un paso atrás en la senda de la libertad, y estaba en contradicción con las ideas mucho más avanzadas de los individuos que componían antes la junta de Zitácuaro y el congreso de Chilpancingo, así como con los principios republicanos de la constitución de Apatzingan, a él debemos haberse conseguido nuestra independencia.

Por estas indicaciones se comprende, por qué los liberales enaltecen más a los insurgentes de la primera época, y celebran con preferencia el 15 y no el 27 de Septiembre, no, como dice Pacheco, por haber cometido aquellos mayores tropelías contra los españoles, sino porque sus ideas estaban más en armonía con las que hoy profesamos; mientras que el héroe predilecto del partido conservador es Iturbide, autor del plan monárquico y clerical de Iguala.

He aquí indicado el origen de nuestros dos partidos principales; y se puede decir, que aun antes de consumada nuestra independencia, estábamos completa e irreconciliablemente divididos entre hijos del pasado e hijos de nuestro siglo.

Para formarnos una idea de la división, o mejor dicho, confusión de opiniones que reinaban en aquellos tiempos entre los mexicanos, citaremos del manifiesto de Iturbide fechado en Liorna en 27 de Septiembre de 1823 los siguientes párrafos:

“Por todas partes se hacían juntas clandestinas, en que se trataba del sistema de gobierno que debía adoptarse entre los europeos y sus adictos; unas trabajaban por

consolidar la constitución, que mal obedecida y truncada, era el prelude de su poca duración; otras pensaban en reformarla, porque en efecto, tal cual la dictaron las cortes de España, era inadoptable en lo que se llamó Nueva-España; y otras aspiraban por el gobierno absoluto, apoyo de sus empleos y de sus fortunas, que ejercían con despotismo y adquirían con monopolios. Las clases privilegiadas y los poderosos fomentaban estos partidos, diciéndose a uno u a otro según su ilustración y los proyectos de engrandecimiento que su imaginación les presentaba.

“Los americanos deseaban la independencia; pero no estaban acordes en el modo de hacerla, ni en el gobierno, que debía adoptarse: en cuanto a lo primero, muchos opinaban, que ante todas cosas debían ser exterminados los europeos y confiscados sus bienes; los menos sanguinarios se contentaban con arrojarlos del país, dejando así huérfanas un millón de familias; y otros más moderados los excluían de todos los partidos, reduciéndolos al estado en que ellos habían tenido por tres siglos a los naturales.

En cuanto a lo segundo, *monarquía absoluta, moderada con la constitución española, con otra constitución, república federal, central, &c.*, cada sistema tenía sus partidarios, los que llenos de entusiasmo se afanaban por establecerlo.”

La consecuencia lógica del plan de Iguala era el Imperio de Agustín I; así como el primer paso decisivo dado en favor de las ideas liberales y republicanas, fue el pronunciamiento del 2 de Diciembre de 1822, hecho por un hombre, que por medio de una serie de transformaciones verdaderamente camaleónicas, ha llegado hasta el extremo de ofrecer, como se cuenta, su espada a la intervención europea, tal vez en imitación de su *oscuro* homónimo de Santo Domingo; hecho por el general D. Antonio López de Santa-Anna; por Santa-Anna, quien en lugar de contentarse con ser el primer ciudadano, y el más querido y el más feliz de una nación libre, prefirió después aspirar a la misma púrpura, que con atrevida mano había sabido arrancar a su amigo y bienhechor.

Y para probar cuan de acuerdo estaban con estas ideas de libertad y república los antiguos insurgentes de la época de 1810 a 1821, vemos, que desde luego se adhirieron al pronunciamiento de Santa-Anna los ilustres ciudadanos Victoria, Guerrero y Bravo; aquel Bravo, cuyo solo nombre es un mentís a la infame calumnia de Pacheco, al llamar a los liberales asesinos de los españoles.

¡Quién no conoce el sublime rasgo de este caudillo, rasgo cuyo igual no puede presentar en su historia ninguna nación del globo, cuando puso en libertad a trescientos prisioneros hechos al enemigo, en el momento de recibir la infausta noticia de que los españoles habían fusilado a su anciano padre, negándose al canje que les había propuesto!

Pero lo que debe admirarnos, es la cooperación de la facción borbónico-escocesa en este pronunciamiento liberal, nueva prueba de la verdad que hemos sentido, de que el espíritu del siglo, sabe emplear para la realización de sus fines, hasta a los hombres de ideas enteramente opuestas a las suyas; pues al secundar aquella facción el plan del 6 de Diciembre de 1822, llamado de Casa Mata, lo hacía con la pérfida

mira de enseñorearse ella misma de los destinos de la nación, y de volver a anudar, si fuera posible, nuestra relaciones políticas con la metrópoli.

Sin embargo, los primeros pasos en la senda de la libertad, eran lentos, y no podían ser de otra manera.

Tres siglos enteros el águila mexicana había permanecido en una jaula oscura, y cuando salió por fin en libertad, sus ojos acostumbrados a las tinieblas, no pudieron desde luego soportar el brillo del sol; sus alas entorpecidas por la falta de ejercicio no pudieron llevarla a las regiones elevadas de la atmósfera; por esto durante los primeros años de la independencia, la vemos revolotear sobre el suelo; pero fija la vista en la luz, cada día se eleva más a bañarse en sus celestes rayos.

Durante la serie de nuestras luchas civiles, los dos partidos predominantes, cuyo origen hemos explicado, tomaron diferentes nombres según las circunstancias particulares en que se encontraba el país.

En 1825, D. José María Alpuche e Infante, cura de una parroquia del Estado de Tabasco y senador por el mismo Estado, formó el proyecto de oponer a la influencia de las logias escocesas otras constituidas bajo el rito de los antiguos masones de York, y los retrógrados, antes realistas, siguieron apellidándose *escoceses*, mientras que los liberales, antes insurgentes, se titulaban *yorkinos*.

Posteriormente en 1836, cuando estaba a la orden del día la discusión, sobre si la forma federal o la central convendría mejor a la República mexicana, los liberales se llamaban *federalistas* y sus contrarios *centralistas*.

Cuando el pronunciamiento del general Paredes en San Luis en 1845, sus partidarios tenían la osadía de transformarse en *monarquistas* contra los *republicanos*; y un periódico pagado con dinero español: "*El Tiempo*", trató de preparar a la nación, a pesar de haber fracasado tan completamente la loca expedición de Barradas en 1829, a someterse de nuevo al yugo de la metrópoli: una de las muchas pruebas que existen en nuestra historia, de que la España nunca supo resignarse a la pérdida de esta rica colonia.

A consecuencia del motín de Tacubaya, los partidos se dividieron en *Tacubayistas* y *Constitucionalistas*, los que hoy día se llamaban *reaccionarios* y *puros*.

A estas diferentes denominaciones, tenemos que agregar otra más, y es la que inventó el ex-embaajador Pacheco, pues distingue entre el partido *español* y el *anti-español*; y si bien no sería justo hacer a todos los hombres que por su desgracia se encuentran filiados en el primero, el agravio de suponerlos más adictos a nuestra antigua metrópoli que a su país natal, porque la patriótica conducta que muchos de ellos han observado en estos últimos días, prueba lo contrario: en otro sentido sí son exactos estos nombres, pues los reaccionarios representan en efecto todas las preocupaciones y errores y vicios que nos dejaron por herencia los españoles, mientras que los liberales odian al español, no tanto por su nacionalidad, sino en cuanto quiere atentar contra nuestra independencia y como representante de los principios retrógrados.

El progreso del partido liberal en la República ha sido constante, aunque trabajoso a causa de la tenaz resistencia del bando contrario; pues desde el año de 1814

hay en la nación una brisa poderosa, interrumpida a veces por los pasajeros triunfos de la reacción, que impulsa el espíritu público hacia la libertad.

Por más rocas que se les hayan opuesto, el torrente de la libertad ha seguido su curso!

Por más obstáculos que se hayan arrojado en su camino, el carro de la reforma, semejante al de aquel Dios del Hindostan, ha pasado sobre ellos, pulverizándolos con sus poderosas ruedas!

Y todavía este gran partido no ha pronunciado su última palabra.

Sabe, que no hay verdad absoluta en el mundo, por esto *como el niño en la cuna busca y encuentra reposo solo en el movimiento!*

Convenido de la perfectibilidad del hombre, nunca se contenta con las victorias que ha ganado; nunca quiere descansar sobre su lecho de laureles, sino aspira sin cesar a nuevas revoluciones, pues las considera como *larvas* de que ha de salir bajo formas siempre más perfectas y hermosas, la civilización humana.

Cuanto más bebe en la fuente de la Libertad, tanta más sed tiene de beber en ella!

No pierde el tiempo en llorar un paraíso perdido: con el indomable ardor de la juventud trata de conquistarse otro nuevo, cuyas radiantes puertas ya las cree ver despuntar en el horizonte.

¡En México, como en todo el mundo, solo a este partido pertenece el porvenir!

No queremos negar, que la realidad no concuerda todavía con el cuadro ideal que acabamos de trazar; que hasta ahora nos hemos contentado con sentar los principios, sin cuidarnos mucho de ponerlos en práctica; que solo la primera parte del lema *todo por el pueblo* ha tenido realización; pero falta la de la segunda: *¡Todo para el pueblo!*, que muchos hombres, bajo la careta de demócratas, no han hecho más que desprestigiar por sus actos y su conducta, al partido liberal y a las ideas que profesa: pero para la vida de un pueblo, años equivalen a segundos, y una vez conquistados los principios, el trabajo de reformar conforme a ellos a toda una sociedad, requiere, no solo tiempo, sino a hombres especialmente dotados por la naturaleza: y de estos hombres, de estos grandes genios organizadores, cada siglo no produce sino un número muy limitado.

Para hacer el desmonte de un terreno y convertirlo en tierra de labor, el trabajo del fuego es rápido, pero lento y difícil el de arrancar después los troncos y raíces que han quedado; y se necesita para esto mayor paciencia y mayores fuerzas, que para incendiar el monte.

Si encontramos, pues, todavía muchos defectos en este partido, nunca debemos desalentarnos, ni desesperar de verlos desaparecer uno tras otro en el curso de los años.

En aquellos tiempos lejanos, en que los pájaros hablaban y las flores les respondían, existía un príncipe, que amaba ardientemente a una joven, superior en belleza, gracia y talento a todas las demás jóvenes de la tierra, porque su madrina, una hada poderosa, le había regalado estos dones en la hora en que nació. Quiso esta poner a prueba el amor del príncipe, y transformó a su hermosa ahijada en mujer

vieja y fea y haraposa. El ojo del amante no supo reconocer a su querida a través de semejante disfraz, y la hada, para castigar su poca perspicacia le arrebató a la joven por largo tiempo.

De la propia manera, muchos buenos liberales no tuvieron la perspicacia suficiente de reconocer a la Libertad, cuando empezó en 1858 a empuñar las armas para la última lucha, que tan gloriosamente terminó en Diciembre de 1860, pues, viéndola marchar entre ruinas y cadáveres, les sobrecogió la duda y se apartaron espantados de su lado. Pero estamos convencidos de que, aunque la vieran otra vez, por desgracia, con andrajos y manchada de sangre, siempre para ellos *vera incessu patebit Dea*"

Dijimos, que *así en México: como en todo el mundo, solo al partido liberal, pertenece el porvenir.*

Y para que esta verdad se haga aún más patente, bosquejaremos en pocas líneas al partido de la reacción.

Estacionario por su propia naturaleza; enclavado en las costumbres e ideas de sus padres, por más malas que sean; interesado en la subsistencia de todos los abusos y errores del pasado, —como aves nocturnas en la de las ruinas donde anidan— este partido mira siempre hacia atrás, y de las dos caras de Jano representa la del anciano decrepito.

¡Mientras que todo marcha en derredor suyo, este partido no se mueve!

Por más que griten los Galios de todos tiempos: ¡*E pur si muove!* -este partido niega el movimiento.

Por este motivo se le pueden adaptar aun hoy día, los retratos que de él se hicieron, años y siglos atrás!

¡Quién no cree ver pintada, —excepto pocas particularidades,— a la República mexicana antes del triunfo del partido liberal, al leer lo que Víctor Hugo dice acerca de la España de los siglos XVI y XVII!

"He aquí lo que ha perdido a la España: En primer lugar, la manera con que el suelo estaba repartido. En España, todo lo que no pertenecía al rey, pertenecía a la Iglesia o a la aristocracia. El clero español era, —si se nos permite usar de esta palabra severa pero evangélica— *escandalosamente* rico. El arzobispo de Toledo tenía en tiempo de Felipe III, 200.000 ducados de renta, los que representan hoy día, cosa de 5 millones de francos. La abadesa de Buelgas, en burgos, era señora de 24 ciudades y de 50 pueblos, y tenía además, la colación de 12 encomiendas. El clero, sin contar los diezmos y las prebendas, poseía una tercera parte del suelo; el rey y la grandeza poseían el resto. Las haciendas de los grandes de España eran casi pequeños reinos. Los reyes de Francia desterraban a un duque y par a sus tierras; los reyes de España desterraban a un grande a sus *estados*. Los señores españoles eran los más grandes propietarios, los más grandes cultivadores y los más grandes pastores del reino. En 1617, el marqués de Gibralfort tenía 800.000 cabezas de ganado menor. De ahí venía, que provincias enteras, como Castilla la Vieja p.c., quedaban sin cultivo y abandonadas a servir de pasto a los ganados. Sin duda la propiedad y agricultura en pequeño tienen sus inconvenientes; pero también tienen admirables

ventajas. En cada surco, por decirlo así, está afianzada una argolla invisible, que liga al propietario con la sociedad. El hombre ama a la patria a través del campo. Que posea un rincón de tierra o la mitad de una provincia —si posee, todo está dicho: ¡He aquí el grande hecho!— Pues bien, cuando el rey, la iglesia y la aristocracia posee todo, —el pueblo no posee nada; cuando el pueblo no posee nada, no tiene interés en nada. ¡Al primer vaivén deja caer al Estado!—

“En segundo lugar: la intolerancia religiosa. Los obispos ejercían un influjo enorme en España. Todo clero pobre es evangélico; todo clero rico es mundano, sensual, político, y de consiguiente-intolerante. Su posición es envidiada. Tiene necesidad de defenderse. Necesita de una arma: la intolerancia es una. Con esta arma hiere la razón humana, y mata la ley divina! & c., & c.”

¡Quien no reconoce en la clasificación de los enemigos de nuestra independencia —“el alto clero, los comerciantes más importantes, los grandes propietarios, el personal de los que aquí tan malamente se han llamado aristócratas, en fin, todos aquellos que consideraban el objeto de las sociedades vinculado en las prerrogativas monacales, en el monopolio y en los empleos” — a los mismos enemigos de nuestro actual sistema de gobierno!

El partido reaccionario, íntimamente unido al partido clerical, *nunca aprende ni nunca olvida*. No comprende, pues, la época en que vivimos, y por mayores esfuerzos que haga, no podrá volver a entronizarse entre nosotros, porque contra él lucha en favor del partido liberal *el mismo espíritu del siglo* con la flameante espada de la verdad!

Vuelan las lechuzas en derredor de la luz; se empeñan en apagarla con sus negras alas: pero lo único que conseguirán será quemárselas!

Y si son malos los principios del partido retrógrado peores son sus actuales prohombres: ladrones, plagiarios, estupradores, asesinos, y un clero en gran parte tan ignorante, tan fanático y tan corrompido, que muy bien se puede pronosticar: Si no cambia de vida, pronto no se creará en México en otra Trinidad que en la de la bandera tricolor!

Réstanos que hablar todavía del llamado partido *moderado*, aunque propiamente dicho, no es un partido sino una fracción del partido liberal.

No tiene programa, no tiene principios fijos.

Es el partido de las medias-tintas, de los términos medios, de los acomodamientos, de las transacciones, de las fusiones.

Es moralmente cobarde, porque nunca se atreve a sacar las últimas consecuencias lógicas de las verdades que él mismo ha proclamado como tales.

Es el partido del día de *ayer*: Siempre queda un día atrasado a las ideas del siglo. En 1857 se opone a la libertad de cultos, en 1862 desea, que a pesar de la absoluta independencia del Estado y de la Iglesia, las tropas hagan los honores al Viático, como si con semejantes exterioridades consiguiera apaciguar el rencor del clero, rabian do por la pérdida de sus bienes y fueros.

Cree equivocadamente que solo él puede organizar la sociedad, porque los ultra-liberales tienen que comenzar destruyéndolo.

Quiere, que otros siembren para que él coseche; quiere que otros carguen con la odiosidad de las reformas, que necesariamente tienen que herir intereses particulares, y una vez plantadas tratan de sacar de ellas el mayor provecho posible.

Es numeroso, porque abundan en el mundo hombres pusilánimes y de convicciones a medias; pero no siempre el número representa la fuerza.

No tiene juventud, no tiene energía, no tiene vitalidad!

Repetimos, pues, por tercera vez, *En México, como en todo el mundo, solo al partido libertad pertenece el porvenir!*

Mucho se habla de crear en la República un partido *nacional*. No hay necesidad de hacerlo: *El partido liberal es el verdadero partido nacional!*

CAPÍTULO V

EL PROGRESO EN MÉXICO

Es asombrosa la rapidez con que la humanidad ha progresado desde principios de este siglo —así material como intelectualmente, aunque en el orden moral todavía no podamos por desgracia, lisonjearnos de esto mismo.

Menos que nunca descansa. Pero su eterna caminata, lejos de ser efecto de una maldición, como la de la leyenda, es verdaderamente una bendición de Dios: pues caminando progresamos, y progresando nos acercamos cada día más a la realización de nuestro último fin, expresado en las tres palabras:

Libertad-Igualdad-Fraternidad!

La invención del vapor, que eleva la fuerza a su mayor potencia; la del telégrafo electro-magnético, que quita su acción al tiempo en las distancias, parecen comunicar su impulso a todos los ramos del adelanto humano.

La palabra *imposible* ya no tiene sentido en nuestro siglo!

Pero si bien es justo conceder a la Europa el insigne honor de llevar en muchos de estos ramos el estandarte del progreso: México también reclama —y con justicia— los títulos que en esta parte lo engalanan; y aunque parezca una paradoja, sostenemos y probaremos, que el progreso que esta nación ha tenido durante los cuarenta años que cuenta de existencia, ha sido *comparativamente* mayor y más rápido que el de ninguna otra del mundo.

Cuando el reloj de los tiempos marcaba el año de 1810, para México —entonces todavía Nueva-España— estaba atrasado por lo menos de dos siglos.

Al principio del siglo XIX nosotros estábamos en el siglo XVII.

Como *“la Bella au Bois dormant”* habíamos dormido en este país encantado durante más de doscientos años. La historia pasó sobre nosotros sin que sintiéramos el zumbido de sus poderosas alas. Las noticias de los grandes sucesos que conmovían al resto del mundo, no penetraban a estas regiones sino como un eco débil y casi imperceptible. Encerrados bajo una campana neumática, no teníamos aire que respirar, y el ruido de las guerras y de las revoluciones y de las invenciones contemporáneas, moría en las paredes de nuestra prisión.

El canto matutino del gallo francés en 1789, que hizo levantarse a todas las demás naciones del globo, a penas llegó a nuestros oídos: seguimos durmiendo todavía durante veinte años más hasta que la voz de Hidalgo, el grito de Dolores, nos despertó por fin de nuestro letargo secular.

El tiempo anterior a los memorables sucesos de 1810, es un periodo de sueño, de silencio, de monotonía; y el hombre que no conoce a México sino en la época actual, con suma dificultad podrá formarse una idea de lo que era entonces.

Para poder apreciar, pues, en todo su valor los enormes adelantos que esta nación ha hecho desde aquel año, es preciso fijar bien el punto de partida, representando bajo su verdadero aspecto el estado social en que entonces nos encontrábamos.

Veamos en qué términos lo describe Zavala y otros historiadores mexicanos:

“.....Se acumulaban capitales de mucha consideración en pocas manos, y se establecía la desigualdad de fortunas, y con ella la esclavitud y la aristocracia.

“En medio de esas riquezas, cuyo origen, aunque no del todo feudal, era debido a privilegios, a concesiones, a rentas perpetuas o vitalicias sobre la tesorería real, al monopolio, a abusos de la superstición y de la autoridad, y muy poco a la industria de los poseedores, la masa de la población estaba sumergida en la más espantosa miseria. Tres quintos de la población eran indígenas, que sin propiedad territorial, sin ningún género de industria, sin siquiera la esperanza de tenerla algún día, poblaban las haciendas, rancherías y minas de los grandes propietarios. Una parte considerable de estos miserables estaban” —y están todavía— en pequeñas aldeas que se llaman pueblos, manteniéndose de la pesca en las lagunas, de la caza y del cultivo de tierras ajenas, ganando su subsistencia de sus jornales. Muy pocos son los que se ocupan en un género de industria mezquino, como cultivo de granas, fábrica de rebozos y de sombreros, de canastas y cosas de este género, que apenas bastan para una miserable subsistencia.

“Existía, pues, una desigualdad de fortunas tan grande como entre personas que podían gastar ciento y aun quinientos pesos diarios, y otras que no podían consumir dos reales. Debe notarse, que aunque existe también esta desigualdad en Europa, especialmente en Inglaterra, siempre la desproporción entre los ricos y los pobres es mucho menor en la segunda, lo que hace más fácil la repartición de las riquezas, y además, los consumos de los ricos en Europa, son de efectos proporcionados por la industria nacional, en vez de que en México las ropas y todos los artículos de lujo venían de los países extranjeros; resultando de aquí mayores dificultades para adquirir la subsistencia y los medios de vivir con descanso.

“La dependencia del pueblo era una especie de esclavitud, consecuencia necesaria de este estado de cosas, de la ignorancia en que se le mantenía, del terror que inspiraban las autoridades con sus tropas, su despotismo y su orgullo, y más que todo de la inquisición, sostenida por la fuerza militar y religiosa superstición de clérigos y frailes fanáticos, sin ningún género de instrucción.

“La enseñanza primaria era muy rara en las pequeñas poblaciones, y las escuelas que se establecían en las grandes capitales, estaban dirigidas por los frailes y clérigos en sus propios principios e intereses, o por legos ignorantes que enseñaban a mal

leer y escribir, y algunos principios de aritmética para llevar la cuenta en los almacenes de comercio. El catecismo del padre Ripalda, en que están consignadas las máximas de una ciega obediencia al Papa y al rey, era toda la base de su religión. Los niños aprendían de memoria estos elementos de esclavitud; y los padres, los sacerdotes y los maestros, los inculcaban constantemente.

“En los colegios se enseñaba la latinidad de la edad media, los cánones, y se enseñaba la teología escolástica y polémica, con la que los jóvenes se llenaban las cabezas con las disputas eternas e ininteligibles de la *gracia, de la ciencia media, de las procesiones de la Trinidad, de la promoción física* y de más sutilezas de escuela, tan inútiles como propias para hacer a los hombres vanos, orgullosos y disputadores sobre lo que no entienden. Lo que se llamaba filosofía era un tejido de disparates sobre la *materia prima, formas silogísticas* y otras abstracciones sacadas de la filosofía aristotélica, mal comentada por los árabes. La teoría de los astros se explicaba de mala manera, para poner en horror el único sistema verdadero, que es el de Copérnico, contra el cual se lanzaron los rayos de la inquisición y del Vaticano. Ninguna verdad útil, ningún principio, ninguna máxima capaz de inspirar sentimientos nobles o generosos, se oía en aquellas escuelas del jesuitismo. Se ignoraban los nombres de los maestros de la filosofía y de la verdad, y Santo Tomás, Escoto, Belarmino, la madre Agreda y otros escritos tan extravagantes como éstos, se ponían en manos de la juventud, que desconocía absolutamente los de Bacon de Verulamio, Newton, Galileo, Locke y Condillac. No se sabía que hubiese una ciencia llamada *Economía política*: los nombres de Voltaire, Volney, Rousseau, d'Alembert etc., eran pronunciados por los maestros como los de unos monstruos que había enviado la Providencia para probar a los justos. Las obras de éstos y otros filósofos, nunca entraban en las costas hispanoamericanas; los inquisidores tenían un celo superior a la codicia de los negociantes; y como por otra parte, los que hacían el comercio eran todos españoles fanáticos, ignorantes y con otros medios de ganar, jamás se ocupaban en introducir ninguna obra extranjera que pudiese despertar los celos del clero ni la animadversión de las autoridades, cuyo principal interés marchaba de consuno con el de la corte, para mantener en la abyección y en el embrutecimiento a los habitantes del Nuevo-Mundo, en donde gobernaban sin oposición y se aprovechaban de sus inmensas riquezas.

“La autoridad suprema la ejercía el virrey de Nueva-España, que reunía el mando de las armas al ejercicio del gobierno político y superintendencia de hacienda.

“El poder judicial, que parecía estar en alguna manera independiente, porque se ejercía por los jueces de primera instancia, subdelegados y corregidores, estaba a prueba de la firmeza y virtud de los magistrados, cuando el virrey o el capitán general tomaban algún interés en los pleitos o en los juicios; y siendo presidentes de audiencias, en donde debían terminarse, era imposible obtener justicia contra la voluntad de un virrey. Los procesos se eternizaban, y no era extraño ver durante una causa cuarenta, cincuenta o cien años sin ver su término.

“El influjo del clero era sumamente poderoso, porque se extendía desde la corte virreinal hasta la humilde choza del indio. Los obispos, por medio de los curas y de

los frailes, ejercían una dominación universal. La confesión y el púlpito, que elevaban esta clase sobre todas las demás, los hacían considerar como los depositarios de los grandes secretos domésticos, los encargados de la doctrina, y los árbitros de la llave del cielo. ¿Quién podía resistir a estos títulos de dominación universal? ¿Qué hombre se atrevería a hablar como igual con el que se sabía sus más secretas flaquezas, sus delitos, sus faltas, sus intrigas y sus inclinaciones? El bello sexo, que siempre ejerce un imperio poderoso en la sociedad, se humillaba ante el tribunal de estos dioses de la tierra, como ellos se denominaban, que habían penetrado hasta los últimos atrincheramientos de sus conciencias. Desde el púlpito, que se llamaba la cátedra *del Espíritu-Santo*, hablaba al pueblo como maestro el que sabía los pecados de sus ovejas; y he aquí un poder, una autoridad contra la cual nadie puede luchar. Pero el rey y sus vicegerentes disponían de estos resortes poderosos y desde España se nombraban para ocupar las sillas episcopales, las diócesis de estos países, hombres encargados de dar cuenta de lo que observaban, a sus soberanos, el Papa y el Monarca español; cadenas más fuertes que las que han imaginado los poetas, ligaban en el averno a Prometeo y a Sisfo.”

En pocas palabras, el pueblo con rarísimas excepciones, vejetaba pero no vivía.

La inquisición y el virreinato, el poder del cielo y el poder de la tierra, pesaban como dos manos de plomo sobre su pecho, deprimiendo todas sus aspiraciones por más naturales y legítimas que fueran.

“*Al rey y a la inquisición-chiton!*” era la base de sus conocimientos.

Respecto al sistema político y administrativo, el gobierno español lo tenía establecido en sus colonias sobre las seis bases siguientes:

1ª Sobre el *terror* que produce el pronto castigo de las más pequeñas acciones que pudiesen inducir a desobediencia: es decir, sobre la más ciega obediencia pasiva, sin permitirse el examen de lo que se mandaba ni por quien: —“Sepan mis súbditos” dijo en una ocasión Carlos III, el rey español reputado por más liberal, “que han nacido para obedecer, y no para discutir las providencias de su soberano!”

2ª Sobre la ignorancia en que se debía mantener a aquellos habitantes, los que no podían aprender mas que lo que el gobierno quería, y hasta el punto que le era conveniente.

3ª Sobre la educación religiosa, y principalmente, sobre la más indigna superstición.

4ª Sobre una incomunicación judaica con todos los extranjeros.

5ª Sobre el monopolio del comercio, de las propiedades territoriales y de los empleos.

6ª Sobre un número de tropas organizadas de tal manera, que ejecutaban en el momento las órdenes de los mandarines, y que más bien eran gendarmes de policía que soldados del ejército para defender el país.

Zavala nos traza igualmente un cuadro tan exacto como lúgubre, del género de vida que tenían los mexicanos en aquella época. Dice :

“La mayor parte de los que dirigían el comercio del país eran, con pocas excepciones, *polizones*; nombre que se daba a los jóvenes pobres, que salían de las

provincias de España para pasar a América, llevando por todo vestido un pantalón, un chaleco y una chaqueta, con dos o tres camisas. Muchos apenas sabían leer y escribir, y no tenían otra idea del mundo y de los negocios, que la que podían adquirir durante su travesía; pues en su aldea apenas habían oído otra cosa, que los sermones del cura y las consejas de sus madres. No tenía idea de lo que valía un peso fuerte de América; muchos creían que no había más rey que el de España en el mundo, ni otra religión que la cristiana, ni otro idioma que el español. Iban consignados a algún pariente que había hecho allí negocio, y entraban en su noviciado.

“Por la mañana temprano se vestían para ir a la iglesia a oír la misa diaria. Después volvían a casa a desayunarse con el chocolate: abrían el almacén, y se sentaban a leer algún libro de devoción después de arreglar las cuentas. Almorzaban a las nueve, y a las doce cerraban sus tiendas para comer y dormir la siesta. A las tres se rezaba el *rosario*, y se abría después de este rezo la tienda hasta las siete de la noche, en que se volvía a rezar el rosario y se cantaban algunas alabanzas a la Virgen. Cada quince días debían confesarse y comulgar, y en la cuaresma concurrían a los sermones de sus parroquias. Este género de vida era uniforme, a excepción de los domingos y grandes festividades, en que salían al paseo o iban a los toros. Los dependientes seguían por lo regular a sus amos, y muy pocas veces se separaban de ellos. Las conversaciones se reducían al precio de los efectos, que no ofrecían muchas variaciones, porque como había un monopolio riguroso desde Cádiz y Barcelona, todo estaba arreglado. No había papeles públicos, no había teatro, no había sociedad, no había bailes, ni ninguna de esas reuniones en que los hombres se ilustran por las diversiones, o de las en que los dos sexos, procurando agradarse mutuamente, refinan el gusto, endulzan sus costumbres y perfeccionan la naturaleza.”

Solo al leer la descripción que antecede, se le caen a uno los párpados de sueño.

¡Dios mío! ¡qué vida era aquella! La de un vivo encerrado en una tumba. Se siente uno como sofocado al representarse con la imaginación todo cuanto ella tenía de pesada, de mustia, de lúgubre.

¡Para qué esta atmósfera tan diáfana! ¡Para qué este sol tan radiante! ¡para qué todas estas galas de la naturaleza tropical; cuando atmósfera y sol y naturaleza, todo, todo estaba como envuelto siempre en negros crespones!

¡Y qué sistema político! —Despotismo, fanatismo y monopolio:— hé aquí las tres columnas que lo sostenían.

¡Y aunque tuviéramos que pagar con cuarenta años más de revoluciones y guerras civiles, el haber sacudido semejante yugo; aunque tuviéramos que sacrificar nuestros últimos bienes y las últimas gotas de nuestra sangre, la inefable dicha de haber respirado un solo día —no más— el aire vivificador de la libertad, no sería pagada demasiado cara.

Es cierto, que la metrópoli dio a su colonia todo o casi todo cuanto pudo darle; pero por desgracia nuestra, esto valía aun menos tal vez, que el estado del salvaje, quien, sin las menores nociones de civilización, vaga libre por las sabana, por los montes y por las sierras.

Con mucha razón exclama D. Lorenzo Zavala en 1830:

“Desde el año de 1810 hasta el presente, es decir, en el espacio de una generación, es tal el cambio de ideas, de opiniones, de partidos y de intereses que ha sobreenvenido, cuanto basta a trastornar una forma de gobierno respetada y reconocida, y hacer pasar siete millones de habitantes desde el despotismo y la arbitrariedad hasta las teorías más liberales.”

Con cuánta más razón diremos nosotros en 1862 lo mismo; y si aquel historiador tenía todavía fundamentos en aquella época para añadir: “Solo las costumbres y hábitos que se transmiten en todos los movimientos, acciones y continuos ejemplos, no han podido variarse, porque ¿cómo pueden las doctrinas abstractas hacer cambiar repentinamente el curso de la vida? De consiguiente, tenemos en contradicción con los sistemas teóricos de los gobiernos establecidos, esos agentes poderosos de la vida humana, y no podrán negar los fundadores de las formas republicanas, que hasta ahora solo han vestido con el ropaje de las declaraciones de derechos y principios al hombre antiguo, al mismo cuerpo o conjunto de preocupaciones, a la masa organizada y conformada por las instituciones anteriores;” cada día es menos cierto esto, y cuanto más se afianzan los principios del partido liberal, encarnándose, por decirlo así, completamente en nuestra sociedad, tanto más perderemos, como ya la hemos perdido en gran parte, toda semejanza con aquella horrible sociedad, que fue formada bajo la funesta influencia del sistema colonial de la España.

Si podemos demostrar ahora, como trataremos de hacerlo, que en varios ramos la República Mexicana se encuentra hoy día casi a la altura de la civilización europea, y que en el más importante de todos, que es el que comprende las bases de la organización política, estamos sin duda alguna más avanzados que todas las naciones del antiguo y aun del nuevo continente, creemos haber probado lo que dijimos al principio de este capítulo, que en los cuarenta años que cuenta de existencia, su progreso ha sido *comparativamente* mayor y más rápido que el de ninguna otra nación del mundo.

Pero antes de presentar esta demostración importantísima, queremos hacer una manifestación.

El Sr. Pacheco, en el discurso que pronunció en el senado de la Península, asienta, que todas las ilustraciones de este país pertenecen exclusivamente al partido que él llama *español*.

Rechazamos con indignación esta especie, no solo por ser del todo falsa e injustas, sino porque en cuanto a lo que pueda contribuir a nuestro progreso, no queremos admitir distinción de partidos.

Todo mexicano amante de su patria, sea conservador, sea moderado o sea liberal, será igualmente bien recibido por la nación, si trae su piedra para cooperar a la construcción del templo de la gloria y felicidad de la República!

La base de toda buena organización social es la educación.

Esta verdad está hoy plenamente comprendida en México, así por las autoridades como por los particulares, y con loable empeño, y en muchos casos con muy buen éxito, los mexicanos se ocupan en reformar el vicioso sistema de enseñanza que les dejaron los españoles.

Hace pocas semanas publicamos el prospecto de un nuevo establecimiento científico, el cual recibió una acogida entusiasta por parte de todos los liberales.

En dicho prospecto se encuentran pasajes como los siguientes:

“En la generación naciente residen nuestras más caras esperanzas, y para que podamos recoger un día óptimos frutos del árbol de la Reforma, sus raíces deben penetrar en el corazón y la inteligencia de la juventud. Nadie duda de la inmensa influencia que ejerce la educación sobre el ánimo tierno de los jóvenes, y con razón atribuye el abate Gault las grandes revoluciones que agitan periódica pero saludablemente el seno de la sociedad moderna, a la educación clásica, que él llama pagana. Por este motivo es tan temible la compañía de Jesús, pues en todos países su principal afán es apoderarse de la enseñanza, oscureciendo la inteligencia, pervirtiendo las aspiraciones naturales y legítimas del corazón humano hacia la luz y el progreso y dirigiéndolas a fines reprobados por la sana razón.

... “La historia está llena de saludables ejemplos. Si la primera convención francesa se hubiera ocupado con más asiduo afán en la enseñanza de la juventud, conforme a los principios que había establecido, nunca la llamada Restauración hubiera podido volver a entronizarse con su séquito de marqueses y jesuitas” ...

“A sí como en la esfera política se ha establecido la completa división entre el Estado y la Iglesia, de la misma manera trataré de establecerla entre la ciencia y la religión, entre saber y creer, entre la inteligencia con los ojos abiertos y la fe ciega. *La educación religiosa debe pertenecer exclusivamente al dominio de la familia y de la Iglesia.* La ciencia y a no necesita ponerse bajo la tutela de la religión; ambas deben quedar enteramente independientes, porque es imposible, que puedan marchar siempre de consuno, por más ingeniosos que sean los esfuerzos que se hagan para poner, v.g., la Biblia en concordancia con los últimos progresos de la ciencia, principalmente en cuanto a la astronomía, geología, historia y cronología. En un establecimiento científico las materias que se enseñan a la juventud, deben ser las mismas para los que profesan distintas religiones: que el cuadrado de la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadrados de los dos catetos, es una verdad tan incontestable para un católico como para un pagano. Borraré por estos motivos de la lista de los ramos que se han de enseñar en este establecimiento, todos los que tienen relación con la religión, como la doctrina cristiana por el padre Ripalda, la historia sagrada por el abate Fleury, explicación de los misterios de la religión, y otros semejantes, y como el objeto de toda educación es el de formar a un mismo tiempo hombres y ciudadanos, enseñaré a los jóvenes los principios fundamentales, sobre los cuales descansa nuestra organización política y social.

“Considerando yo como más importante el desarrollo de la inteligencia que el de la memoria, sin desconocer, sin embargo, la utilidad de esta última como medio y ayuda de la primera, acostumbraré a los jóvenes a una palabra, que es la clave de todo saber, la palabra “*por qué.*” Deberán preguntar, investigar, escudriñar siempre el por qué, la causa, la razón de todo cuanto se les enseña; no deberán nunca “*jurare in verba magistri,*” sino comprenderlo todo, y hacerse de esta manera verdaderos dueños de la ciencia. Les enseñaré a pensar, a formarse ideas, a ejercitar de este

modo sus facultades intelectuales, así como se desarrollan y robustecen las fuerzas corporales por medio de la gimnástica. A abandonaré por la misma razón casi del todo el método de los llamados “*testos*”, y lo sustituiré por el sistema oral y analítico, haciendo que el discípulo busque y encuentre por sí mismo las verdades científicas.

“Por lo que se observa en los niños de la más tierna edad, que reciben simultáneamente, y por decirlo así, jugando una infinidad de impresiones diversas, sin que estas se confundan en su mente, me he convencido de que no es necesario hacer estudiar a la juventud los diferentes ramos del saber, uno después del otro, sino todos más o menos al mismo tiempo. Ninguna ciencia puede considerarse como aislada, todas están en íntima relación entre sí; no son más que diferentes eslabones de una gran cadena intelectual. Y si bien es verdad, que para comprender, por ejemplo, a fondo la astronomía, es preciso tener conocimientos muy avanzados de las matemáticas, existen sin embargo en ella ciertas leyes que un profesor hábil puede poner al alcance de la inteligencia hasta de un niño de muy corta edad. De la misma manera no hay inconveniente ninguno en enseñar varios idiomas a la vez, cuidando solo de hacer notar siempre las diferencias que se encuentren entre ellos. La única objeción que se pudiera hacer a este principio, y es, que el tiempo no puede alcanzar para tantos estudios simultáneos, se refuta fácilmente, no solo por el ejemplo de otros países, donde este sistema se practica hace tiempo con el mejor éxito, sino también porque la supresión de varias materias relativas a la religión, que figuran en los programas de los demás colegios, dará lugar a sustituirlas por otras de mayor importancia y utilidad.”

La antecedente exposición de los principios sobre los cuales tratamos de establecer la enseñanza, prueba mejor que nada la altura a que ya hemos llegado en esa materia: altura de que están lejos todavía muchas naciones europeas.

Esto en cuanto a la teoría.

En cuanto a la práctica, podemos decir con orgullo; que en la República la instrucción primaria ha tenido un aumento de 500 por ciento sobre el estado que guardaba antes de la independencia, y en algunos Estados puede competir tal vez con la de la Europa; el número de los mexicanos que no sabemos leer ni escribir disminuye diariamente, y es comparativamente menor que en España. Aun en Francia, que tanto se precia de ilustrada, gran parte de los habitantes del campo se encuentra todavía sumergida en la más profunda ignorancia.

En el Estado de Guanajuato existían en el año de 1850; 117 escuelas primarias para niños, y 49 para niñas; de las cuales 43 estaban sostenidas por el gobierno, 24 por las municipalidades, y 109 por particulares. A estas escuelas concurrían diariamente 5,646 niños, y 2,333 niñas.

En el Estado de Michoacán las escuelas primarias pasan de 100; en los de Oaxaca y Jalisco no habrá actualmente ni un solo pueblo que no tenga su escuela, y en todos los demás Estados vemos, que cada día se están abriendo nuevas, difundiendo los primeros elementos del saber aun entre la clase indígena, que en el tiempo del gobierno colonial se veía completamente excluida de estos beneficios.

Desde el año de 1823, está adoptado en muchas de estas escuelas el sistema Lancasteriano, gracias a los esfuerzos de Molino del Campo, Tornel y Gondra, fundadores de la Compañía Lancasteriana, y los buenos resultados de este sistema sorprenden aun a los mismos europeos, cuando quieren juzgar a este país con imparcialidad y sin prevención.

La instrucción secundaria está representada por un sin número de colegios, dirigidos en su mayor parte por particulares.

Entre los establecimientos que están bajo la inspección del gobierno, sea del federal, sea del particular de los Estados, ocupan un lugar muy distinguido los cuatro colegios del Estado de Guanajuato, los tres del de Michoacán, el Instituto de Veracruz, el de Oaxaca, el de Toluca, el de Zacatecas y los tres colegios de Guadaluajara.

De las escuelas especiales o profesionales, citaremos: la de Minería, cuyo actual director es el Sr. D. Blas Balcárcel; la Escuela práctica de minas, establecida en Real del Monte; la del Comercio, dirigida por el Sr. Clairin, francés de origen; la de Agricultura, bajo la inteligente dirección del Sr. D. Juan Navarro; la Escuela de Artes y Oficios, que está para abrirse de nuevo, por haber sido suprimida y vendido su hermoso edificio por Miramón, la Academia de Bellas Artes de San Carlos, su director el Sr. D. Santiago Rebul; los dos colegios de jurisprudencia, el de San Juan de Letrán, su director D. José María Lacunza, y el de San Idefonso, dirigido por el Sr. D. Sebastián Lerdo de Tejada; el Colegio Militar, que ha dado anteriormente muy buenos oficiales científicos, y cuya organización ha sido reformada en el año próximo pasado, esperándose de esta reforma resultados aún más satisfactorios; y finalmente, la Escuela de Medicina, que no cede en nada a la de París, su director el Sr. Dr. D. José Ignacio Durán.

Algunos de estos colegios, como el de Minería, la Academia de San Carlos y otros, existían ya antes de nuestra independencia, aunque el programa de sus estudios ha mejorado considerablemente desde entonces. La importante escuela de Medicina fue fundada en 1833 por los distinguidos médicos D. Pedro Escovedo, D. Joaquín Villa, D. Manuel Carpio, D. José Vargas, el Dr. Jecker y otros, y reabierta en el año de 1837 por los Sres. D. Miguel Jiménez y su actual director el Sr. Durán; las de Comercio y Agricultura son de creación mucho más moderna, y se deben al partido liberal.

Existen ahora en la República nueve seminarios, cuyo programa no se limita sin embargo en todos a estudios puramente eclesiásticos; en el de Morelia, *v.g.*, se ha cursado también el derecho.

De las tres universidades que ha habido en el país, las de la capital y de Guadaluajara se han cerrado por pugnar sus estatutos con el espíritu de las leyes de reforma, continuando abierta la de Mérida.

Pero a pesar de lo mucho que se ha hecho en esta materia entre nosotros, no debemos olvidar aquel famoso adagio latino: "*Ni actum putans, si quid remanet agendum!*"

El mayor o menor desarrollo del periodismo en un país, demuestra el grado de libertad en que éste se halla.

El despotismo exige en su derredor el silencio de la tumba; el tirano se espanta del ruido de una hoja... de papel.

Por este cuidado que tienen todos los gobiernos despóticos de poner mordazas al pueblo, porque temen oír su voz, la voz de Dios, reprobando su tiranía; por esto la primera exigencia de una nación que ha recobrado sus derechos, es la de la libertad de imprenta.

El periodismo es también el termómetro de la civilización de un país.

Es un espejo en el cual se ve la imagen fiel y verdadera de la nación.

Representa la conciencia pública, y en sus escritos se sienten los latidos de millares de corazones.

Bajo ambos aspectos la República Mexicana puede enorgullecerse.

El art. 7º de la Constitución declara inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia, sin más límites que el respeto a la vida privada, a la moral y a la paz pública; y aunque a consecuencia de las críticas circunstancias que atravesamos, esta preciosa libertad se ve en estos últimos días, algo restringida, sabemos, que tal restricción no puede ser sino muy pasajera, pues no debe durar más del tiempo que duren las mismas circunstancias que la han motivado.

El periodismo mexicano tiene muchos y muy dignos representantes, y representa él mismo dignamente a la nación.

Solo en la capital de la República se publican actualmente ocho periódicos políticos, habiendo dejado de existir en estos últimos meses varios, y entre ellos dos franceses y uno escrito en inglés. El número aproximado de los que se publican en los Estados es de sesenta.

Entre los primeros se distingue por la madurez y el criterio de sus artículos el *Siglo XIX*, decano de la prensa mexicana, siendo su redactor en jefe uno de nuestros más notables escritores, el Sr. D. Francisco Zarco.- El *Siglo XIX* representa en México el mismo papel que el *Times* en Inglaterra. Su opinión pesa mucho en la balanza de la opinión pública, y aun a menudo en los consejos de gobierno. Es liberal progresista, y del todo independiente. En la larga serie de sus redactores se encuentran los nombres de nuestros publicistas más ilustrados, y con legítimo orgullo puede decir D. Ignacio cumplido, de cuyo hermoso establecimiento tipográfico sale este periódico: "Todos mis redactores han sido, son o serán ministros!" El *Siglo XIX* es una publicación, que en cualquiera nación, por mas ilustrada que sea, merecería justos elogios; solo deseáramos encontrar en sus artículos además de la madurez que los distingue, mayor entusiasmo y juventud!

El *Monitor Republicano*, igualmente liberal, su redactor en jefe D. Florencio del Castillo, conocido también como autor de varias novelas, "*La hermana de los Angeles*" y otras, ha publicado a menudo artículos de suma erudición, principalmente sobre cuestiones financieras, abriendo sus columnas a multitud de buenos escritos.

Las caricaturas de la *Orquesta*, inventadas y dibujadas con verdadero talento y a *propos* por D. Constantino Escalante, no desmerecerán al lado de las del *Punch*, del *Charivari* y del *Kladderadatsch*.

Entre los periódicos políticos de los Estados sobresalen: el *Progreso* de Veracruz, publicado ahora en Jalapa con motivo de la ocupación de aquel puerto, su redactor D. Rafael González Paes, y el *Pais* de Guadalajara, redactado por el Sr. D. José María Vígil.

Casi todos los escritores ilustres de la República han pagado su tributo a la prensa periódica, distinguiéndose en esta parte, además de los que ya hemos mencionado, entre los contemporáneos: D. Guillermo Prieto, D. Manuel M. de Zamcona, D. José M. Iglesias, D. Manuel Payno, D. Florentino Mercado, D. Agustín Franco, el obispo Munguía, quien redactó un periódico intitulado: "*El Sentido común*," los dos últimos, residentes actualmente en Roma; D. Eulalio Ortega, D. Fernando y D. Ignacio Ramírez, D. Francisco Modesto Olaguibel, D. Manuel Díaz Mirón, y otros muchos: y entre los publicistas que la muerte ya nos arrebató, citaremos a D. Andrés Quintana Roo, Zavala, Rejón, al Dr. Mora, con el *Observador* y el *Indicador*; a D. Isidro Rafael Gandra, al Sr. Manero Envides con su "*Enciclopedia de los Sansculotes*," a D. Luis de la Rosa, a D. Mariano Otero, D. Manuel G. Pedraza, D. José María Tornel, al conde de la Cortina, con el *Zurriago*; a D. Juan B. Morales (*El Gallo Pitagórico*), a D. Justo Sierra y a D. Andrés Oseguera, su seudónimo: *Rus de Cea*, quien falleció hace pocos meses en París, encargando con el último aliento de su vida a su hijo, que regresara México, y tomara un fusil en defensa de su patria.

A demás de los políticos, México ha podido presentar también muchas publicaciones periódicas, así literarias como científicas, que demuestran la civilización y cultura de sus habitantes, aunque actualmente no existe casi ninguna de esta clase, excepto la *Gaceta de los Tribunales*, y ahora menos que nunca es oportuno el momento de que vuelvan a aparecer porque toda la nación está preocupada con la cuestión del día, con la cuestión de la guerra extranjera; cuestión que envuelve tal vez la de su propia existencia.

Hemos tenido entre otras, en 1843 el *Museo mexicano*; en 1844 el *A teneo* y el *Mosaico*; el "*Album mexicano*" y el "*Liceo*" en 1849, y en 1851 la *Ilustración mexicana*; hemos tenido varias revistas militares, entre ellas la *Aurora*; muchas revistas de la ciencia médica, el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, cuya publicación está solo temporalmente suspensa, y los importantes *Anales de Minería*, publicados por D. Pascual Arenas y D. Miguel Velázquez, bajo la inteligente protección de D. Manuel Doblado, e igualmente suspensos por ahora.

La teoría de la división del trabajo, a la que la industria moderna debe principalmente sus admirables adelantos, se ha hecho también extensiva a las ciencias.

En nuestra época ya no puede haber hombres omniscios; un sabio como aquel escocés Crichton, quien lucía con sus variados conocimientos en la corte de Catarina de Médici, ya no es posible en este siglo, y probablemente el ilustre Alejandro de Humboldt habrá sido el último que podía reclamar semejante título.

"*Ars longa, vita brevis!*"

El árbol de la ciencia se ha dividido y subdividido en una infinidad de ramos, pero —sea dicho en honor de nuestra patria!— apenas habrá uno que no esté cultivado, y con mejor éxito, en esta joven República.

Entre la multitud de excelentes jurisconsultos, mencionaremos a D. Juan José Espinosa de los Monteros, a D. Manuel de la Peña y Peña, autor de "*Lecciones forenses de jurisprudencia*," al Sr. García y García, a D. Mariano Esteva, que ya todos murieron; a D. Manuel Baranda, a quien la muerte interrumpió hace poco en su importante trabajo de la codificación de nuestras leyes, y a D. Justo Sierra, muerto también recientemente autor de "*Lecciones de derecho marítimo internacional*," de un "*Proyecto de código civil*" y de otras muchas obras.

Los corifeos de esta ciencia que aun viven, son D. Bernardo Couto, D. A. Florentino Mercado, autor del "*Libro de los códigos*," el obispo Munguía, quien publicó "*Curso de jurisprudencia universal*," y "*Derecho natural*," D. Joaquín Cardoso, D. Juan Rodríguez de San Miguel, D. Manuel Castañeda y Nájera, D. Crispiniano del Castillo, antiguo procurador general de la Nación, y su digno sucesor D. León Guzmán, y sobre todo, D. Fernando Ramírez, hoy día rector del Colegio de abogados; omitiendo a otros muchos que también figuran en primera línea. Además, las dos escuelas de jurisprudencia de San Juan de Letrán y de San Ildefonso, que existen en esta capital, así como multitud de cátedras de derechos, establecidas en las principales ciudades de la República, proveen ampliamente al país con buenos abogados y con jueces instruidos y versados en la legislación mexicana.

Dijimos más arriba, que la escuela de Medicina en México, puede muy bien competir con la de París, que tanta y tan merecida fama tiene en el mundo. Es pues, natural, que de semejante establecimiento hayan salido médicos de vastos y profundos conocimientos. Eran discípulos de él varios de aquellos jóvenes inhumanamente sacrificados en Tacubaya el 11 de Abril de 1859.

Hemos citado ya nombres muy ilustres entre los de los fundadores de aquella escuela; pero debemos agregar todavía los de los doctores Bertiz, D. Francisco Ortega, D. Rafael Lucio y D. Ignacio Erazo, como luces de la facultad médica.

Las ciencias naturales están representadas por los mineralogistas D. Joaquín Velázquez de León y D. Andrés del Río, los cuales han muerto ya; por los geólogos, D. Próspero Goizueta, y D. Antonio del Castillo; por el meteorologista, D. José Apolinario Nieto en Córdoba; por los botánicos, D. Mariano Cal, D. Pablo de Lallave y D. Benigno Bustamante, dignos sucesores de Mosiño y Cécé, principales autores de la "*Flora mexicana*," y por el actual catedrático de botánica en la escuela de medicina D. Gabino Barreda, por D. José Vargas, botánico y farmacéutico, por el profesor de zoología D. Javier Stávoli, y el de ciencias naturales en general, principalmente de metalurgia, D. Miguel Velázquez de León, sobrino del que hemos mencionado, por el célebre químico y botánico D. Leopoldo Río de la Loza, que entre otras cosas ha publicado una "*Introducción al estudio de la química*," y por los físicos D. Manuel Herrera, quien murió hace pocos años, D. D. Ladislao Pásqua, D. Manuel Tejada, más que octogenario, y el único alumno que queda de los que abrieron el "*Real Seminario de Minería*" en 1° de Enero de 1792, D. Francisco Jiménez y D. Joaquín Varela.

Entre los mecánicos, se distingue D. Juan Aorno, inventor de varias máquinas tan útiles como ingeniosas, de las cuales una destinada a evitar los frecuentes acci-

dentes que acaecen en los ferrocarriles, ha llamado mucho la atención aun de los ingenieros más competentes de Europa.

En el "*Genie industriel*" del mes de Febrero de 1856, leemos un análisis de esta notable invención, en el cual se encuentra el siguiente párrafo:

"El inventor es un ingeniero demasiado distinguido, y ha dado ya bastantes pruebas de su capacidad en mecánica para no desconfiar de las ideas nuevas que presenta, y que parecen estar llamadas a prestar grandes servicios a esta hermosa e importante industria de los caminos de fierro"...

El Sr. A dorno ha inventado además de ésta, otras varias máquinas, como una curiosísima para la fabricación de cigarros, y otra para la limpia de las atarjeas de esta capital, que está funcionando actualmente con muy buen éxito, mereciendo la aprobación de nuestros ingenieros más instruidos.

Lo que distingue, sobre todo, al Sr. A dorno es, por decirlo así, la *espontaneidad* de su talento, pues él es autodidacta, y tiene una imaginación tan viva, que resuelve multitud de problemas de mecánica, casi intuitivamente y sin hacer uso de largos estudios preparatorios.

Sus conocimientos no se limitan, sin embargo, a la mecánica; ha ejercitado su fecundo talento en multitud de ramos diversos, y es autor de una obra filosófica, titulada: "*La Armonía del Universo*", cuya publicación, por desgracia, no ha podido continuar. En A dorno - el mecánico debe ceder tal vez el lugar al filósofo.

Son matemáticos de primer orden, D. Manuel Castro y D. José María Salinas, que han muerto últimamente; y entre los que viven, D. Joaquín Terán y d. Francisco Chavero, autores de una obra seguida en la enseñanza de casi todos los colegios de la República, y titulada: "*Elementos de Matemáticas*."

En ciencias eclesiásticas se han distinguido, el obispo Gómez de Portugal, único prelado mexicano desde la independencia hasta nuestros días que ha merecido el capelo, aunque éste le llegó precisamente en la hora de su muerte; D. Francisco Pablo Vázquez, y el obispo Manguía, así como el arzobispo D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, y el Dr. D. Basilio Arrillaga, como primeros canonistas del país. En cuanto a buenos predicadores, México es ahora muy pobre; pero debemos suponer, que para el clero, distraído hasta ahora en parte de su misión evangélica, por el cuidado de sus intereses mundanos y por su funesto participio en nuestras guerras civiles, comience igualmente una era de regeneración a consecuencia de las Leyes de Reforma, que le dejan su completa independencia, y de la pobreza en que ha quedado por la desamortización de sus bienes, pues los efectos de estas disposiciones no pueden menos de serle benéficos, obligándole a imitar a los primeros apóstoles, que desvalidos hasta el extremo de no tener un segundo vestido además del que llevan, sin auxilio ninguno del poder temporal, y antes al contrario, tenazmente perseguidos por el mismo, supieron atraer a la doctrina pura de Jesús a millones de prosélitos, solo por la fuerza de su palabra y por el ejemplo de sus virtudes!

Eran, sin embargo, predicadores de nombradía, el obispo de Puebla, Sr. Pérez; Belaunzarán, obispo de Linares; Fr. Francisco Rojas de Andrade; Fr. Manuel de San Juan Cisóstomo Nájera, cuya biografía publicó A laman, y D. Manuel de la Torre

Lloreda, al mismo tiempo distinguido literato y humanista: entre los vivos sobresalen el obispo Munguía, cuyo sermón sobre la vuelta de Pío IX a Roma, mereció en Europa la traducción con varios idiomas; el canónigo de Morelia, Dr. Romero, y el ex-carmelita Fr. Pablo Antonio del Niño Jesús, quien actualmente está en Guatemala.

Una de las ciencias que se encuentra más adelantada en la República, aunque todavía poco generalizada, es la geografía principalmente por el impulso que el *Ministerio de Fomento y la Sociedad de Geografía y Estadística*, han dado constantemente a este importante estudio. La mencionada Sociedad, que fue creada en 1833 y reorganizada en la forma en que aun hoy subsiste, en virtud de una ley del congreso general, de 28 de Abril de 1851, nunca ha interrumpido sus trabajos ni aun en medio de nuestras revoluciones. Más de una vez ha oído, reunía en su sala de sesiones, el grito: *Hannibal ante portas!*, pero impasible como Arquímedes en el sitio de Siracusa, ha continuado reuniendo datos, publicando obras, y promoviendo por medio de ellas el conocimiento de nuestro país. Muchas y de indisputable mérito son las publicaciones que se deben a esta Sociedad; solo su *Boletín* abraza ocho tomos, y últimamente ha dispuesto la formación de un gran cuadro sinóptico, encargando para el efecto a sesenta de sus socios otras tantas monografías sobre los ramos más interesantes de los productos así naturales como industriales del país. Además, varios de sus socios han dado a luz obras geográficas, históricas, estadísticas, etnográficas, arqueológicas y lingüísticas, que están destinadas a obtener una reputación universal.

Citemos entre ellos al estudioso joven. D. Antonio García Cubas, autor del primer *"Atlas de la República mexicana,"* por cuyo trabajo fue condecorado con la cruz de la Legión de honor de Francia; de una *carta general* de la misma, que está para grabarse, y de un *compendio de geografía de México*; a D. Rafael Duran, quien ha publicado los *"Itinerarios de la República,"* y los primeros números de un *Diccionario geográfico del país*, a D. Manuel Orozco y Berra, cuyo *Mapa etnográfico* con la correspondiente *memoria*, contribuirá mucho a resolver la oscura cuestión sobre el origen de los primeros habitantes de Anáhuac, al Dr. D. Guadalupe Romero, infatigable colector de manuscritos y libros curiosos que pueden arrojar luz sobre los sucesos más notables de nuestra historia, y ocupado ahora en elevar en su *"Bibliografía mexicana*, un grandioso monumento en honor de su patria; a D. Fernando Ramírez, primer arqueólogo de México, y gozando de una merecida reputación entre los sabios de todo el mundo; lástima será que se queden sin ver la luz pública los muchos y buenos trabajos que tiene emprendidos acerca de la descifración de los jeroglíficos mexicanos; al finado conde la Cortina, a cuyo constante entusiasmo y continuos esfuerzos, debe la Sociedad gran parte de su influencia y buenos resultados; a D. Miguel Lerdo de Tejada, célebre estadista y economista, muerto a principios del año próximo pasado; y de la misma manera pudiéramos citar los nombres de casi todos los demás socios, pues en mayor o menor grado, todos por sus trabajos han merecido bien de la ciencia y de la patria. La Sociedad de Geografía y Estadística, puede considerarse como la reunión de las ilustraciones de la República.

No debemos olvidar tampoco hablar con justo elogio del “*Diccionario de historia y geografía*” publicado por varios sabios mexicanos, entre ellos D. Lucas Alamán, D. José María Lafragua, D. Joaquín García Icazbalceta y D. Manuel Orozco, a quien se debe principalmente los tres tomos suplementarios de esta grande obra.

Los historiadores más eminentes de México desde la independencia hasta nuestros días, son D. Lorenzo Zavala, el Dr. Mora, el laborioso D. Carlos María Bustamante, cuyas obras completas, suyas o publicaciones de manuscritos ignorados, llegan a unos treinta volúmenes, y D. Lucas Alamán, aunque este último empleo desgraciadamente su hermoso talento, más bien en mengua, que en favor de su patria. Existen también en el país otras obras históricas de bastante mérito, como la “*Historia de México y del general Santa-Anna*,” por D. Juan Suárez Navarro, la de la “*conjuración del marqués del Valle*” por el Sr. Orozco, A notaciones a la obra de Prescott “*Conquista de México*,” por D. Fernando Ramírez, la misma obra anotada por Alamán, & c. & c.; y D. Francisco Carbajal Espinosa está publicando ahora una “*Historia de México*,” desde los primeros tiempos de que hay noticias, hasta mediados del siglo XIX, en la cual rectificará muchos errores en vista de los curiosos datos que ha sabido procurarse.

En el ramo de geografía e historia, son también muy notables los trabajos del Ministerio de Fomento, el cual entre otras cosas tiene reunidas para la nueva carta de la República, cerca de 2.000 posiciones astronómicas de lugares de la misma, de las que 700 están ya perfectamente rectificadas y reducidas al meridiano de México, -99°6'45,80 “longitud de Greenwich y 101°26'55,25” longitud de París.

Los trabajos de la Comisión de límites, nombrada hace algunos años con el objeto de fijar los que dividen esta República de la de los Estados-Unidos, han demostrado, que existen entre nosotros ingenieros geógrafos y topógrafos de primer orden, como D. José Salazar Ilarregui, D. Francisco Jiménez, cuya modestia es igual a su sólida instrucción, D. Manuel Alamán, D. Francisco Chavero, D. Manuel Fernández, D. Miguel Iglesias, D. Agustín y D. Luis Díaz.

En el mismo ramo se distinguieron también otros muchos, como D. Tomás Ramón del Moral, quien levantó el plano del Estado de México, y D. Pedro G. Conde, y se distinguieron ahora D. Ramón Almaráz, D. Pascual Almazán, y sobre todos D. Francisco Díaz Covarrubias, que dirige actualmente con el Sr. Iglesias, los trabajos de triangulación para la formación de una carta del Valle de México.

E. Sr. Covarrubias es además un astrónomo consumado, y las obras que hasta ahora ha publicado “*Tablas geodésicas*,” “*Proyección de la carta general de México*” y “*Curso completo de tipografía, geodesia y astronomía*,” —esta última para imprimir— así como el importantísimo descubrimiento que acaba de hacer, respecto al método de calcular las longitudes por alturas de la luna, deben dar a su nombre una aureola de gloria entre todas las naciones civilizadas.

D. Santiago Mendez, hijo, es muy buen ingeniero en el ramo de puentes, calzadas y ferro-carriles, y uno de los Directores del camino de hierro, que está en construcción para unir a Veracruz con la capital, y ésta con Acapulco, es decir, el Océano Atlántico con el Pacífico.

La lingüística, una de las ciencias que más han llamado la atención de los sabios de Europa, principalmente en Alemania, donde florece desde la publicación de la obra maestra de Adelung y Vater: “*el Mitrídates*” a fines del siglo próximo pasado y principios del actual, se ha cultivado en México casi desde los tiempos de la conquista, por la necesidad que tenían los conquistadores de hacerse comprender por los naturales de este país, en el cual se hablaban cosa de cien lenguas diferentes, sin contar los dialectos. El número de artes, gramáticas, métodos, vocabularios, diccionarios y traducciones de catecismos, publicadas por los misioneros y curas, llega muy cerca al de trescientos, aunque el método observado en estas obras es generalmente malo, pues trata de adaptar los idiomas indígenas, sea a la gramática latina, sea a la castellana, forzando de esta manera su genio particular. Los lingüistas mexicanos de nuestra época son: El Lic. Galicia, D. Fernando Ramírez y D. Francisco Pimentel; este último está publicando ahora mismo una sinopsis de las principales lenguas del país, en la cual se ha apartado de aquel método vicioso, y a sus interesantes investigaciones se debe el conocimiento de formas gramaticales tan nuevas y tan originales, como la de la *conjugación de sustantivos*, y principalmente de los *pronombres personales*, en sustitución del verbo *según el número de su complemento*, la de la *diversidad de voces para designar el mismo objeto según el sexo de la persona* que habla, y otras muchas, que echan a tierra los principios sentados hasta ahora en las llamadas gramáticas generales, aunque en realidad estas no son más que la reunión de principios comunes a *ciertas* lenguas determinadas; y siendo el lenguaje un *hecho*, aquellos no pueden conocerse *a priori*. La obra de Pimentel ha de producir necesariamente una inmensa sensación entre los socios de Europa, por cuyo motivo la hemos traducido al francés, para contribuir de este modo al aumento de su circulación.

En el arte militar debemos distinguir entre genios militares, militares científicos y talentos organizadores. En cada uno de estos tres ramos México puede presentar hombres muy notables; en el primero, sobre todo a uno de los más ilustres héroes de nuestra independencia, al cura Morelos. Sin ninguna instrucción en esta ciencia, debió sus brillantes hechos de armas solo a su propio genio. Cuando concibió el atrevido plan de atacar la plaza y el castillo de Acapulco, no contaba al principio sino con ciento y tantos indios mal armados, y este hombre extraordinario, en poco más de un mes ya tenía fuerzas suficientes para hacer frente a las tropas disciplinadas de los realistas, y bastante instrucción para dirigirlos y derrotar en Tres Palos a D. Francisco Paris, que mandaba la quinta división, cuyas armas y parque cogió con muerte de su jefe; tomó poco después Acapulco, después de un sitio formal de esta ciudad, y en Cuautla de Milpas sostuvo un sitio que hubiera acreditado a cualquier general. Como brillante ejemplo de un verdadero genio militar en nuestros días citaremos a D. Jesús González Ortega, vencedor en la Estancia de las Vacas, en Silao y en Calpulalpan. - En la clase de militares científicos merecen ser mencionados el general Orbergoso, D. Ignacio de Mora y Villamil, ingeniero y autor de un “*Tratado de fortificación*,” D. Manuel Robles Pezuela, distinguido en el mismo ramo, y D. José Gil Partearroyo, muy versado en la

artillería. -El General D. José López Uraga, en jefe del ejército de Oriente, acaba de probar en el mismo otra vez más su talento como organizador. La grande dificultad para un general no consiste tanto en vencer con tropas disciplinadas y organizadas de antemano, como en transformar en corto tiempo a reclutas inexpertos e indisciplinados en soldados instruidos y obedientes a la voz de sus jefes: y esto es en lo que sobresale Uraga. Son también buenos organizadores los generales D. Anastasio Parrodi y D. Miguel María Echegaray. - Todas estas circunstancias se encontraron reunidas en el ilustre general D. Manuel Mier y Terán, segundo en jefe de las fuerzas que operaban contra Barradas en Tampico. - Militares conocidos por rasgos de valor abundan tanto en nuestra historia desde Galeana hasta Zaragoza, que, "a fuerza de ser tantos se han hecho vulgares," como dijo una vez D. Mariano Otero.

La Economía política es una ciencia de que hasta ahora, pocos mexicanos se han ocupado, limitándose a hacer traducciones de obras extranjeras. Como esta ciencia descansa casi exclusivamente en datos estadísticos, y la falta de paz ha hecho imposible el reunir estos con la exactitud y acierto debidos, no ha podido tener considerable adelanto. Tenemos sin embargo, sobre esta materia, obras de bastante importancia, publicadas por D. Luis de la Rosa, como su "*Biblioteca económica*," y un periódico "*El Economista*," del año de 1846; una muy buena "*Historia del comercio exterior de la República*," por D. Miguel Lerdo de Tejada, trabajos interesantes de D. José María Castañón, varios informes del Ministerio de Hacienda y un rico acopio de noticias estadísticas colectadas por el Ministerio de Fomento y la Sociedad de geografía y estadística, aunque estas no son todavía ni completas ni sistemadas.

El *Socialismo*, ciencia que debe considerarse como hermana menor de la economía política, y que está destinada a cambiar radicalmente nuestro actual sistema social, y a reconstruirlo sobre bases de mayor justicia y equidad, es decir, sobre las tres palabras sacramentales que ya hemos presentado como el último fin, como el Alfa y Omega del progreso humano: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; el socialismo encuentra todavía pocos adeptos en la República, y esto proviene, primero, de que su necesidad no se hace todavía muy sensible entre nosotros a causa de que no conocemos el pauperismo, como ya lo indicamos más arriba; en segundo lugar, de que sus principios y sus fines están aquí casi completamente desconocidos. A menudo se oye confundir al socialismo con el comunismo, y con unas cuantas vulgaridades creen muchas personas poder hacer el proceso a este nuevo sistema regenerador. - Esto es, sin embargo, lo que sucede con todo sistema nuevo, por más racional, por más justo, por más humanitario que sea; los grandes reformadores de la sociedad humana, los inspirados profetas de una nueva era más feliz y más brillante que en la que vivían; los sabios descubridores de nuevos menos y de nuevas verdades, casi siempre han sido considerados como locos, y a menudo han pagado su superioridad y su amor a la humanidad con una muerte cruel e ignominiosa. Sócrates, el sabio de los sabios, bebió la cicuta, porque sus contemporáneos no pudieron comprender todavía su elevada moral. El carpintero de Nazaret murió en la cruz, porque trajo a los hombres la buena nueva de la fraternidad. Copérnico, Galileo y Colón, fueron al principio bafados y escarnecidos, y aun después de que toda duda había desapare-

cido respecto a la verdad y exactitud de sus aserciones, los únicos frutos, las únicas recompensas que recogieron de sus afanes, fueron la ingratitud y la envidia.

El nombre de “*socialista*” se considera todavía en México, y aun en Europa, como oprobioso; pero lo mismo sucedió al principio con el de “*cristiano*,” y sin embargo este nombre se ha convertido después en título de gloria y distinción.

Tanto mayores elogios merecen, pues, aquellos hombres, que pensando solo en los benéficos efectos, que la realización de sus ideas debe procurar a la sociedad entera, y particularmente a los pobres y desgraciados, arrostran impávidos la burla, el escarnio y hasta la maldición de una multitud ignorante y apasionada.

Mencionaremos como célebre socialista al difunto Dr. Maldonado, cura de Jalos en Jalisco, y entre los que viven todavía, a D. Antonio Gómez de Portugal, fundador de la llamada “*Nueva sociedad*” en 1848. Su programa consistió en difundir la ilustración en nuestras masas populares, en inculcar en todos los mexicanos las ideas de paz, de amor al trabajo y de moralidad, en combatir sin descanso la holgazanería y la embriaguez, en proponer medios para el bienestar material del pueblo, en emancipar a la mujer, y sobre todo en *relev ar de su abyección a la raza indígena*.

En una exposición que dirigió la Nueva Sociedad en Febrero de 1849 al gobernador de Veracruz leemos acerca de esta última idea, tan humanitaria y de tan inmensas y benéficas consecuencias para la República, los siguientes párrafos:

“La raza indígena compuso en otro tiempo un pueblo distinguido y civilizado; y si los griegos, los polacos y los italianos han despertado las simpatías de todos los hombres de corazón, estos desgraciados, destruidos por la férrea mano del más brutal despotismo y del infernal fanatismo combinados ¿cómo es que no excitan el sentimiento del filántropo? ¿Cómo es que no conmueve el alma de todo el que lleva el nombre de mexicano? Además ¿qué ha sucedido con el pretendido saber de nuestros diputados y ministros, que hasta hoy no han tomado en consideración a dos tercios de nuestra población, que vive llena de los justos resentimientos y producidos por los hechos inhumanos de que le impone una fiel y fresca tradición, corroborada por los que experimenta todavía? En qué ocasión nuestros congresos generales, nuestros variados ministros, han dado muestras de apercibirse de que tarde o temprano vendría ese grande elemento a serlo tal vez de desolación en nuestro infortunado país? siendo tan fácil convertirlo en poderoso elemento de prosperidad.- ¿Las crueles escenas de Yucatán y de los Estados del Norte no serán suficientes a advertirnos del horroroso cráter a que estamos abocados? bastando una poca de buena voluntad para cerrarlo. Por otra parte, esta raza perseguida con tan fiera inhumanidad, es bastante inteligente, y una de las razas más morales y más a propósito para la civilización que puedan conocerse. Los indios, hasta hoy, no han tenido sino enemigos, y por eso no se les ha dejado conocer; se les ha hecho apurar hasta las heces el cáliz más amargo que ha apurado pueblo alguno de la tierra...

“La raza indígena no necesita sino de alguna protección y de que la alcancen los principios de justicia universal, para que ella venga a formar, y ella acaso principalmente, ese poderoso elemento, como hemos dicho ya, de la prosperidad de nuestra

nación. El indio tiene pocos vicios, es trabajador, es sociable. El indio por tanto merece toda protección, y la nueva Sociedad se ha impuesto la obligación de levantarle a la altura a que todo hombre fue llamado, a la que se encuentran al menos nuestros compatriotas. Todos debemos hacer aplicación de nuestra filantropía a favor de estos dignos cuanto míseros hermanos nuestros!"...

Por desgracia aquella sociedad, cuya misión era tan noble y patriótica, lejos de contar con protección alguna de parte de las autoridades, se vio muchas veces despreciada, ultrajada y perseguida, hasta el extremo de tener que suspender sus útiles trabajos, pero aguardando solo una oportunidad para continuarlos.

Sin embargo, la semilla que entonces se sembró, no ha dejado de producir excelentes resultados, y si bien el círculo de acción que esta asociación pudo ejercer, era muy limitado, a causa de las indignas y vergonzosas calumnias que se empleaban contra ella, representándola como anti-religiosa, como revolucionaria-y tratando de desconceptuarla con el nombre de *socialista*, debemos esperar de la inteligente filantropía de nuestro actual gobierno, no solo el que no ponga trabas a la formación de semejante sociedad, sino que las proteja con la más decidida eficacia.

En tiempo de Santa-Anna presentamos al gobierno un proyecto sobre la rehabilitación moral e intelectual de la raza indígena, pero no encontró entonces ningún apoyo: confiamos, sin embargo, en que el ilustrado y patriótico C. Benito Juárez comprenderá mejor las grandes ventajas que necesariamente debe traer consigo la realización de esta idea, y en tal caso nadie más apto, nadie más digno de llevarla al cabo, que el humilitario fundador de la Nueva Sociedad, D. Antonio Gómez de Portugal.

Larguísimo es el catálogo que pudiéramos formar de los eminentes hombres de estado que han ejercido o ejercen todavía un saludable influjo en la suerte de la República, pero para no traspasar los límites de un folleto, debemos contentarnos con citar los nombres que mayor eco han tenido, así entre los mexicanos como en el antiguo continente, como los del Dr. Cos, de D. Andrés Quintana Roo, de D. José Domínguez, secretario de Iturbide, del P. Ramos Arispe, del Dr. Mier, de D. Máximo Garro, de D. Prisciliano Sánchez de Jalisco, de D. Francisco García de Zatecas, de D. Lorenzo Zavala, de D. Manuel Recencio Rejón, de D. Manuel Sánchez Tagle, uno de nuestros más elocuentes oradores, de D. Manuel de la Peña y Peña, del Sr. Santa-María, quien negoció el reconocimiento de nuestra independencia por parte de la España, de D. José María Tornel, de D. Manuel G. Pedraza, distinguido orador, de D. Mariano Otero, de D. Juan de Dios Cañedo, de D. Valentín Gómez Farías, digno patriarca del partido liberal y modelo de todas las virtudes públicas y privadas, del obispo de Michoacán D. Juan Cayetano Gómez de Portugal, de D. Francisco Iriarte, de D. Juan José Espinosa de los Monteros y una infinidad más. Mencionaremos también a D. José Ramón Pacheco, quien estando de ministro de la República en Paris, tomó más de una vez la pluma para defender a su país con decisión y acierto contra las calumnias que suelen verse contra él en Europa.

Entre los de la última época sobresalen D. Miguel Lerdo de Tejada, D. Manuel Gutiérrez Zamora y D. Melchor Ocampo, que murieron en el año próximo pasado; y

D. José María Lafragua, D. Ezequiel Montes, D. Sebastián Lerdo de Tejada, D. José Antonio de la Fuente, Otaguibel, D. José María Mata, D. Ignacio de Lallave, D. Pedro O'gazon y D. Manuel Doblado, que continúan prestando importantes servicios a la patria. En algunos de ellos, y principalmente en D. Manuel Doblado, tiene ésta fundadas grandes esperanzas de salir airosa de las críticas circunstancias en que se halla.

La nave del Estado está en inminente peligro de zozobrar; pero el timonero es bueno, y con firmeza y acierto sabrá salvarla y conducir incólume al anhelado puerto de la paz y felicidad.

Aunque nuestras continuas guerras, así civiles como en defensa de la patria, debieran haber ahuyentado a las musas, "*inier arma silent musa*," nuestros progresos en la bella literatura y en las artes no han sido menos rápidos que en las ciencias.

Mencionaremos solo de paso a Alarcón, a Sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII, y a principios de este al Anacreonte mexicano Fr. Manuel Navarrete, porque sus nombres están ya inscritos en el Parnaso español, y estos escritores florecieron antes de nuestra independencia.

Como autores clásicos mexicanos citaremos al célebre Gorostiza, uno de los heroicos combatientes en Churubusco, autor de una multitud de comedias, y considerado con justicia como reformador del teatro moderno español. Son notables sus comedias: "*Don Diego*," "*Costumbres de antaño*," "*Indulgencia para todos*," en las que abundan salidas oportunas, salática y finas observaciones.- "Rodríguez Galván dejó un recuerdo imperecedero, dice Oseguera, de un genio dramático en el *Privado del Virrey*, en que dominan a la vez la forma de Calderón y el sentimiento melancólico y elevado de Schiller." Su primer ensayo fue el *Muñoz*, drama que, como el anterior, es de asunto mexicano, aunque inferior bajo el aspecto de la concepción del plan y del desarrollo de los caracteres. Rodríguez se distinguió también como poeta lírico y prosador; pero una prematura muerte privó a la patria de este hijo, que estaba destinado a ser una de sus primeras glorias literarias.- Fernando Calderón, de Zacatecas, poeta dramático de indudable talento y de singular aptitud en el arte de combinar situaciones y de obtener efectos, escribió entre otras muchas obras, "*Zadik*" y "*Armandina y Ramiro*" en el género clásico; en el romántico: "*El Torneo*," "*La vuelta del Cruzado*" y "*Ana Bolena*," y en el género de Scribe la preciosa comedia "*A ninguna de las tres*."- D. Manuel Sánchez Tagle, a quien ya citamos como orador y hombre de Estado, cultivó también con muy buen éxito las letras.- Lizardi, el nunca bien ponderado *Pensador*, escribió en México novelas sociales en el género de Eugenio Sue, mucho antes de que este afamado novelista pensara publicar sus "*Misterios de París*" y su "*Judío errante*."- D. Manuel Cárpio y D. José Joaquín Pesado son dos poetas líricos, que por la corrección del lenguaje y la elevación de sus conceptos parecen pertenecer al siglo de oro de la literatura española.- González Bocanegra, es autor de muchas poesías líricas así como de varios himnos patrióticos justamente premiados.- D. Marcos Arrióniz, Cruzado y Juan Díaz Covarrubias, víctimas de la última revolución progresista, murieron en la flor

de su edad, llevando a su triste tumba las esperanzas tronchadas de sus amigos y de la patria.

Entre los literatos y poetas que aun viven, podemos citar a casi todos los que se han distinguido en la prensa periódica, como Zarco, traductor de varias obras de la literatura extranjera; Florencio del Castillo, novelista en el género sentimental; Payno, autor del "*Fistol del Diablo*" de varias "*Impresiones de viaje*" & c.& c., Ignacio Ramírez, excelente escritor satírico, conocido bajo el seudónimo el "*Nigromante*;" Agustín Franco, quien escribe con extraordinaria facilidad en diferentes lenguas; Díaz Miron, lírico sentimental, recomendable por la dulzura de su versificación y la fecundidad de su genio poético; Zamacona, cuyas poesías líricas se distinguen por la sencillez de la forma y la profundidad de los sentimientos, y Prieto, poeta desaliñado, pero en cuanto al talento tal vez superior a todos los que hemos citado, de ardiente fantasía —como en el "*Caballo salvaje*" y el "*Torrente*",— de incomparable gracia en el ensayo cómico "*El Alferez*," —chistoso, travieso, en cantador en una infinidad de poesías, verdaderamente populares, como los "*Cangrejos*" y la "*Intervención amistosa*" que acaba de improvisar—*porque nunca escribe de otra manera*.

Mencionaremos además de estos, con justo elogio, a José María Esteva como lírico, y digno defensor de México contra las inmundas calumnias atribuidas a Zorrilla.

Son también buenos líricos: el ciego poeta D. Juan Valle, D. Luis Ortiz, Granados Maldonado, D. Ramón Alearáz, D. Ignacio Aguilar, D. Félix Escalante, D. Juan Navarro, Lacunza y Lafragua; aunque el lirismo mexicano no ha encontrado todavía su originalidad y se limita a imitar —por no decir, parodiar— a Byron y Espronceda.

A menudo no hace más que reproducir frases trilladas aunque sonoras, como coger el laud, tañer el harpa, y desde los poetas más jóvenes, a cuya vista se extiende alegre y risueño el horizonte de la vida, todos gimen y sollozan, y vierten ardientes lágrimas—si bien en versos muy bien rimados y en un lenguaje muy poético.

Líricos mexicanos, dejad ahora de llorar, y entonadnos canciones tirtéicas para llenar de noble entusiasmo el corazón de los valientes soldados, que marchan a defender la patria y rechazar al osado invasor!

Conocedores de la literatura extranjera son principalmente, además de Zarco, Payno y Franco, que ya hemos mencionado, Luis G. Cuevas, traductor de las obras de Johnson, y Luis Martínez de Castro, quien sirvió de soldado raso en la guerra contra los americanos y murió al lado de Peñúñiri en Churubusco, traductor de algunas poesías alemanas.

Como novelista debemos hacer una mención muy especial de D. Nicolás Pizarro, autor de varias novelas mexicanas, escritas en sentido socialista, como "*la Coqueta*" y "*el Monedero*," y de la inseparable pareja dramática D. Vicente Riva Palacio y D. Juan Mateos, fecundos autores de varias comedias del día, como: "*El incendio del Portal*," "*La contribución del uno por ciento*," "*Temporal y Eterno*," el "*Tirano doméstico*:" todas llenas de chistes y alusiones oportunas, y escritas en parte con la fluidez del estilo de Breton de los Herreros.

Entre los pintores mexicanos hay cierta predilección por la escuela española y la romana, y no existe todavía una escuela mexicana; aunque se han dado ya en este sentido muchos y acertados pasos. Nuestra naturaleza, nuestra historia y nuestras costumbres son, sin embargo, muy idóneas para imprimir a los cuadros de paisaje, de historia y de género un sello de grande originalidad, y por este motivo esperamos, que en la próxima exposición de San Carlos, que será la décima tercera, tendremos lugar de admirar muchas pinturas de esta nueva escuela. Son pintores de renombre, Manchola y el paisajista Jiménez, que han muerto; y D. Salomé Pina, D. Santiago Rebul, los dos Flores, Ramírez, Coto como paisajista, Cordero, Oregón, D. Miguel Mata y Reyes y D. Primitivo Miranda.- La fotografía está bastante adelantada, y se han hecho en ella curiosas invenciones por A. Duna y Balbontin.

Como escultores se distinguen Terrazas, D. José María Miranda y Valero.

Entre los arquitectos menos modernos sobresale D. Eduardo de Tres-guerras, quien construyó la iglesia del Carmen en Celaya, el magnífico puente de la misma ciudad, la iglesia de Santa Teresa en Querétaro, y el teatro de San Luis, menos grandes que el Teatro Nacional y el de Iturbide en México, pero de admirables proporciones, y si bien es cierto, que desde la independencia no hemos podido construir muchas obras monumentales, la arquitectura, por decirlo así, al uso diario, ha hecho considerables adelantos. Sobre todo, la supresión de los muchos conventos cuyos desnudos paredones afeaban nuestras calles, comienza a dar nuevo desarrollo a la construcción de casas particulares de buen gusto y a veces de verdadero mérito artístico.

Es muy grande en la República la afición a la música, y pocas familias habrá, ni aun de las más pobres, que no tengan por lo menos una vihuela con que acompañar sus canciones. Los músicos más eminentes de México son: D. Antonio Gómez, Beristain, D. José María Bustamante —en la música sagrada— y D. Luis Baca, compositor de varias óperas y sonatas, y principalmente de un Ave María que ha encantado al inteligente público de Paris.- D. Cenobio Paniagua, compositor de la aplaudida "*Catalina de Guisa*" petenece a la escuela italiana, y está ahora ocupado en plantear un Conservatorio de música.- Adorno ha publicado hace algunos años una nueva notación musical, que él llama *Melografía*, cuyo objeto es el de simplificar considerablemente el estudio de la música.- Abundancia en México buenos pianistas, como León, D. Alejandro Gómez, hijo del compositor, y notable por su buen gusto y sentimiento, Balderas, Valle, Mellet; y las Sritas. Jacinta Landa y Rosa Escobar. Como contrapistas se distinguen María de Jesús Cosío, muerta hace poco tiempo; las Sritas. Merced Adalid y Mariana Paniagua; y más que ninguna, la joven Angela Peralta, que está recogiendo ahora entusiastas aplausos y laureles en los primeros teatros de Europa.

El teatro, diversión completamente desconocida en este país a principios del siglo, se ha generalizado ahora tanto, que casi todas las ciudades de alguna importancia tienen el suyo; y los nombres de actores como la Cordero, Salgado, Castañeda y Castro, prueban, que aun en este ramo hemos progresado, si bien no tanto como si una crítica juiciosa, inteligente, severa, independiente e imparcial, hubiera

dado su impulso a esta arte, y como si el público no exigiera novedades todas las noches.

Establecimientos públicos, dignos de mencionar, son la biblioteca nacional de México, bajo la inteligente dirección de D. Fernando Ramírez y del Dr. Benitez, muy aumentada por todas las de los extinguidos conventos; el Museo que va a ocupar el grandioso edificio del ex-convento de la Encarnación; la casa de la Cuna, admirablemente organizada -su fundador el ilustre arzobispo y cardenal Lorenzana, cuyo apellido se ponen en muestra de gratitud, todos los huérfanos recogidos en aquel asilo; cuatro penitenciarias que se están construyendo en Puebla, Guadalajara, Morelia y Durango; multitud de hospitales, así civiles como militares, hospicios de pobres, casas de dementes & c. & c.

En algunos ramos de la industria hemos llegado a incontestable superioridad, como en la fabricación de sarapes —Saltillo y San Miguel de Allende— de rebozos —Villa del Valle— de la cera; del barro —México, Guadalajara y Tonalá— en la platería; en la talabartería; en los trabajos de marfil y en los mosaicos de pluma —Patzcauro; en los trabajos de camelote— Oaxaca y Morelia. Tenemos también buenos establecimientos tipográficos, de litografía y grabado, sobresaliendo entre los primeros el de cumplido, y como grabadores Rovira y Muñozguren; fábricas de manta, de paños, de alfombras, de papel, de porcelana, —esta última fomentada por el P. Saavedra— en una palabra, cada día nos hacemos más independientes de la industria extranjera.

Si comparamos ahora el trato que se observa en la sociedad de nuestros días con el que tan perfectamente describe Zavala al hablar del género de vida, que tenían los mexicanos, aun pocos años antes de la independencia, no podemos menos de admirar el enorme progreso que ha habido en esta parte. El misticismo se ha refugiado a unas pocas casas; en todas las demás ha sido reemplazado por la franqueza, la ingenuidad, la naturalidad y la cordialidad, cuyo benéfico cambio se debe principalmente a las bellas y amables mexicanas, pues siempre es la mujer la que inventa o modifica las formas exteriores de la sociedad. Sin embargo, en algunas reglas de una política demasiado escrupulosa, en la libertad algo restringida en el trato de los jóvenes de ambos sexos y otras cosas, nos ha quedado cierto resabio de nuestras añejas costumbres coloniales.

Pero donde llevamos sin duda alguna la palma del progreso, es, como ya lo indicamos, en nuestro Código fundamental y Leyes de Reforma. Ninguna nación del mundo puede, bajo este respecto, equipararse a la mexicana; y como un análisis concienzudo de nuestra actual organización política no puede caber dentro de un opúsculo de tan cortas dimensiones como éste, nos limitamos a citar la *abolición del juramento en todos los actos oficiales*, como una conquista que ni siquiera los Estados Unidos han hecho todavía, los Estados Unidos, donde a pesar de la libertad de cultos el presidente Lincoln ha decretado para toda la nación un día de ayuno después de la derrota en "*Bulls-run*".

Dijimos al principio de este capítulo, que si bien era prodigioso en este siglo el progreso material e intelectual, no sucedía lo mismo en cuanto al progreso moral.

Ma s aun en esta parte nos gloriamos, nosotros los mexicanos, de poder presentar al mundo a tres hombres, encarnación de la honradez, de la integridad y de la virtud — "*integri vitae, scelerisque puri!*" — los beneméritos ciudadanos.

*Melchor Ocampo,
Santos Degollado y
Benito Juárez*

verdaderos romanos de la índole de los Cincinatos, Regulos y Catones, hombres que cada nación reputaría por insigne honor de poder contar entre sus hijos. Dos de ellos dejaron ya de existir, asesinados por impuras manos; pero esperamos, que el último vivirá aún muchos años en beneficio y gloria de la República!

Pudiera parecer árido este largo catálogo de nombres que acabamos de presentar; pero como cada uno de ellos representa una conquista hecha en el dominio de las ciencias, de la literatura, de las artes, de la industria, de la política y de moral, y por este motivo una gloria del país, estamos convencidos de que los mexicanos creerán ver en ellos los epítomes de una verdadera epopeya nacional; y así como la sola mención de nombres, como Homero, Herodoto, Píndaro, Sófocles y Platón llenaba de orgullo el pecho de cada griego, de la propia manera todos los nombres que anteceden, desde Hidalgo hasta Juárez, harán vibrar una patriótica cuerda en el corazón de cada mexicano.

Para los extranjeros que se han descuidado hasta ahora de estudiar la historia de este país, la enumeración que hemos hecho de sus nombres más ilustres, servirá por lo menos, a disipar las equivocadas ideas, que tienen acerca de su civilización, y ya no se atreverán a llamarnos una nación semi-bárbara.

Hemos escrito este opúsculo *currente cárlamo*, sin largos estudios preparatorios y válidos casi únicamente de nuestra memoria, pues apenas nos ha ocupado por el tiempo de dos semanas, por lo cual dista mucho de ser cuadro exacto del estado que guarda nuestra civilización; pero, si las circunstancias lo permiten nos proponemos desarrollar largamente todo cuanto este folleto tiene apenas indicado, escribiendo una obra completa sobre esta rica materia, bajo el título "*¡Glorias de México!*" -

CAPÍTULO VI

PORVENIR DE MÉXICO

Si tanto hemos alcanzado en tan corto tiempo y a pesar de tantos y tan grandes obstáculos, como hemos tenido que vencer cuanto no será permitido prometeros para el porvenir, sin otro auxilio que el de la paz-la paz que ya estaría conquistada, si no hubieran venido tan inoportunamente de allende el Atlántico a ofrecérnosla en la punta de las bayonetas!

Estaba una noche Napoleón mirando la estrellada bóveda del firmamento.

“¿Ves tú, preguntó a Caulincourt, aquella estrella?”

“No la percibo, señor,” respondió el cortesano.

“Pues yo sí la veo: es la estrella de mi brillante destino!”

Hay miopes que no pueden o no quieren ver la estrella, que luce sobre el porvenir de esta República: pero todo mexicano que ama a su patria, no dudará ni un momento de que será espléndida, glorioso e influente en los destinos de la humanidad, cual el de pocas naciones en el mundo.

Cuatro son los elementos en que se fundan nuestras esperanzas para creerlo así:

La posición geográfica de México.

La riqueza de su suelo.

La índole de su pueblo.

Nuestras recientes conquistas de los principios democráticos.

México representa en el mapa-mundi el puente sobre el cual tendrá que pasar un día todo el comercio, que se hace entre Europa y el Japón, la China y la Oceanía.- La línea recta es la distancia más corta que hay entre dos puntos. Pues bien, si se tira una línea recta desde Southampton hasta Sidney, ésta atraviesa precisamente el istmo de Tehuantepec. No necesitamos más que concluir cuanto antes el ferrocarril de Minatitlán a la Ventosa, y el de Veracruz a Acapulco, el primero proyectado, el segundo ya comenzado y todas las riquezas de la Europa y del Asia pasarán por nuestro territorio, dejando en él rastros de oro y de prosperidad.

Millones de millones de metales preciosos yacen todavía enterrados en nuestras montañas; solo el cerro del Mercado de fierro macizo, cerca de Durango, representa un valor igual al de todo el oro y toda la plata exportados de México desde los tiempos de la conquista; todos los demás metales, incluso el asogue, abundan: capas de carbón de piedra se descubren por todas partes; nuestros mares tienen perlas; nuestras islas tienen guano; nuestros bosques tienen maderas finas y vainilla; en nuestros campos tenemos algodón, tabaco, azúcar, café, cacao, maíz, trigo; en nuestras huertas, toda clase de frutas: y todos estos incalculables valores, la industria y el comercio sabrán centuplicarlos. El mundo entero necesitará de nosotros, y nosotros necesitaremos, de nadie!

Es tan rápida la comprensión, aun entre las clases menos ilustradas de la sociedad mexicana, que sin esfuerzos nos apropiamos e imitamos, igualando los modelos, todo cuanto se nos presenta en productos e invenciones de la industria extranjera. Así es, que con facilidad nos pondremos y nos mantendremos siempre a la altura de los últimos de los otros países; lo mismo sucede en las ciencias, en las bellas letras y en las artes.- Además, la amabilidad del carácter nacional deberá atraer necesariamente a la inmigración, y la paz por un lado y la inmigración por el otro, aumentarán nuestra población al grado que necesitamos para no dejar infecundas las riquezas de nuestro suelo.

Los principios democráticos son los últimos que tienen porvenir. Que se desarrollen entre nosotros todos los que envuelve la Constitución y las Leyes de Reforma, hasta sus últimas consecuencias; que se los ponga en práctica, imposibilitando cada oposición por los benéficos resultados que deben alcanzar a todos los ciuda-

danos: y desaparecerán los últimos gérmenes de discordia, que todavía subsisten entre nosotros. Todos seremos felices; para todos habrá lugar en el banquete de la vida, hoy entonces todos seremos hermanos e hijos igualmente queridos de nuestra madre común: la patria.

Entonces, viéndonos ricos y unidos, y prosperando y progresando incesantemente, las demás naciones del globo vendrán a buscar nuestra alianza, y sobre bases de completa igualdad y reciprocidad, estableceremos nuestras relaciones con el mundo entero.

Pero para que pueda realizarse este brillante porvenir, es preciso, que conservemos nuestra independencia-nuestra existencia; para conservar nuestra existencia como nación soberana, es preciso que rechacemos a los invasores que tratan de arrebatarlosla.

Nos parece haber oído el primer cañonazo por el rumbo de Veracruz.

¡A las armas, mexicanos! ¡La patria está en peligro!

¡A las armas, liberales y moderados y conservadores, si no queréis merecer el infamante nombre de traidores a la patria!

¡A las armas, extranjeros, residentes entre nosotros, pero mexicanos de corazón: pagad la deuda de gratitud que teneis para con la república!

¡A las armas, hombres valientes y generosos de todos los países del mundo!
¡A cuidad a nuestra defensa: una nación exhausta pero no acobardada, va a luchar —una lucha de muerte!— contra tres potencias poderosas!

¡A las armas, demócratas del orbe entero: la santa causa de la democracia peligra en este momento en México!

¡Deus salvam fac rempublicam!

México, Febrero 9 de 1862.

Carlos de G agern.

México

Imprenta de I. C umplido,
C alle de los Rebeldes núm . 2.

1862.